

COLECCION

POLICIAL EN SERIO

DELITOS

CASTIGOS

AÑO I / Nº 4 / OCTUBRE 1991 / A 32.000.-

EL CASO HIDALGO S O L A

Entrevistas

**FEDERICO
STORANI**

**JORGE
VANOSSI**

**FERNANDEZ
PERNA**

Escriben

**SIMON
LAZARA**

**COHEN
SALAMA**

**ADOLF
EICHMANN**

**EL ASESINO
MAS
EFICIENTE**

Por **LUIS
SALINAS**



EL EMBAJADOR DE LA NADA

Por **MIGUEL BRIANTE**

Ilustraciones
CARMEN PEREZ



*Antes de elegir
"PROTAGONISTAS"
usted quizá
se acostaba temprano*



*Ahora,
es demasiado tarde...*

Un programa hecho de igual
a igual, con la gente.
Donde usted nos ubicó:
primeros en audiencia.

conducen:

Eduardo Aliverti, Ricardo Horvath.

en las noticias:

José María Schinocca.

equipo de producción:

Javier Rubel, Marisa Strelczenia,

David Zanazzi.

columnistas:

Marcelo Bartolomé, Liliana Daunes,

Miguel Ángel Fuks, Eleonora Gosman,

Ernesto Lamas, Julián Lemoine,

Omar López.

coordinación en estudio:

Agustín Tealdo

producción ejecutiva:

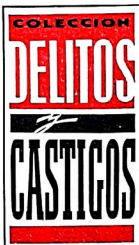
Alejandro Morales

Lunes a viernes. 22 a 24.

PROTAGONISTAS



La otra forma de escuchar noticias



**AÑO 1 • Nro. 4
OCTUBRE 1991**

STAFF

Editor responsable
Alberto Schprejer
Ídea y dirección
Mauricio Cohen Salama
Secretaría de redacción
Miriam Lewin
Tapa
Jorge Spasari
Diagramación
Puppo/D'Alessandro
Relato
Miguel Briante
Ilustraciones
Carmen Pérez
Opinión
Simón Lázara
Mauricio Cohen Salama
Segunda sección
Luis Salinas
Redacción
Raúl Hochman
Fotografía
Pablo de León
Colaboradores
Enrique Gleizer
Lito Maguliner
María Zacco
Ariel Barlano
Corrección
Gabriela Alegria
Típo
Vicky Korembli
Armado
Luis Mouzo
Prensa y RRPP
Gabriela Mariel Domínguez
Asesoría legal
Alejandra Taddei
Héctor Masquelet
Impresión
Ediciones Gráficas Mundo Color,
Santa María del Buen Aire 843,
Capital.
Delitos y Castigos es un
publicación mensual de Editorial
El Cordon (en formación)
Redacción: Montevideo 928,
7mo. D, Capital, Tel: 42-1605 y
812-7342. Administración: Santa
María del Buen Aire 843, Capital,
Tel: 21-3173.
Distribución
En Capital y Gran Buenos Aires:
Vaccaro Sánchez y Cia. S.A.,
Moreno 794, piso 9, Capital.
Tel: 34-4031/2 y 334-8422.
En el Interior del país: D. I. S. A.,
Pte. Luis Sáenz Peña 1836,
Capital. Tel: 23-9377, 26-3160
y 27-6645.

SUMARIO

EL CASO HIDAIGO SOLA

El Embajador de la nada, por Miguel Briante, 2

CRONOLOGIA

14

INVESTIGACION

La hipótesis de Juan Alemann, 17

Me dijo: "Estoy cocinado". Entrevista a Juan Carlos Fernández Perna, 17

"Ególatra y ampuloso". Entrevista a Federico Storani, 18

El desencuentro. Fernández Pondal: el "contacto" del Embajador, 18

"Massera quiso comprar mi silencio". Entrevista a Jorge Yanossi, 19

"Contábamos en Videla y nos decepcionó". Las gestiones de la familia, 19

Los montoneros del Almirante, 21

"Era muy parecido". Sobre el hallazgo de un cadáver en Marcos Paz, 22

Excusas y reticencia. Los peritos no quieren hablar, 23

El Sheriff y el Comisario. El peritaje del especialista norteamericano Clyde Snow, 23

OPINION

El proyecto de Massera, por Mauricio Cohen Salama, 24

Víctima de un sistema, por Simón Lázara, 25

SEGUNDA SECCION

Adolf Eichmann: El asesino más eficiente, por Luis Salinas, 27

POLICIAL EN SERIO

Delitos y Castigos es una publicación que aborda en cada edición uno de los casos más resonantes de la historia del crimen en la sociedad argentina. Se recrean en este número las alternativas del secuestro de Héctor Hidaigo Solá, dirigente de la Unión Cívica Radical que fuera embajador en Venezuela del gobierno encabezado por el entonces general Jorge Rafael Videla.

La segunda sección trata de la vida de Adolf Eichmann, uno de los criminales de guerra más buscados del mundo. Como se recordará, Eichmann fue hallado en la Argentina y secuestrado por el Mossad, el servicio de inteligencia del Estado de Israel.

A partir de este número, el precio de Delitos y Castigos es de A 32.000.- El aumento se debe a los siguientes cambios:

- Impresión a dos colores (rojo y negro) de todo el interior de la revista (desde el nro. 2).
- Mayor número de páginas (de 24 a 32, desde el nro. 3).
- Agregado de una sección en la que se tratará un segundo caso (desde el nro. 3).



MIGUEL BRIANTE
Escritor y periodista.
Autor, entre otros libros,
de *Las hamacas voladoras* y *Ley de juego*.

EL EMBAJADOR DE LA NADA

Hidalgo Solá era ambicioso. En 1972, había solicitado a Balbín la venia para ser candidato a vicepresidente en una fórmula que iba a encabezar Juan Domingo Perón. Proponía por entonces la formación de un movimiento nacional. El líder radical no lo apoyó. En 1976, Hidalgo se inclinó por la salida cívico-militar e intentó ser el delfín del "Proceso".

Esta vez, Balbín le dijo que sí y aceptó ser embajador en Venezuela.

Víctima de una situación que no comprendía y que creía dominar, su muerte, presumible, dio lugar a una de las peores investigaciones que se recuerdan en la justicia argentina.



El Embajador eligió un traje gris a rayas finas y un sobretodo beige claro. Era un hombre de un metro ochenta y dos, pelo negro a los 52 años, nariz grande, ojos castaño oscuro. Tres días antes había dejado el cálido clima de Venezuela, que le había dado a su piel ese tono bronceado, de *playboy*. Pero ese lunes 18 de julio de 1977 en Buenos Aires, el invierno apretaba. Serían las ocho de la mañana; desde su casa —un sexto piso en Guido 2.825, en el corazón del elegante barrio

de la Recoleta—iría primero a las *Grandes Tiendas Hidalgo Solá*, al otro lado de la Avenida de Mayo, en la calle Alsina 1.156. Seguía ocupando el cargo de vicepresidente en esa empresa familiar, tan antigua, que tenía sucursales en todo el país. Le gustaba ganar guita, siempre servía. Allí, en Venezuela, en el mismo edificio donde funcionaba la embajada, se ocupaba del negocio de importación y exportación.

En el ascensor recordó sus años de joven militante del radicalismo, ese tironero por la política, ese escocor mientras empezaba a manejar los negocios de su padre, el fervor de haber fundado la revista *Alternativas*, los tiempos en que había sido miembro de la Comisión de Hacienda del Comité nacional de la Unión Cívica Radical, las luchas ganadas para ser convencional nacional de su partido por la Capital Federal, y esa definición que se iba formando en su alma, ese resto de ejecutivo que alternaba

con la política, tal vez porque los hilos de los mejores negocios se manejaban desde el poder, allá arriba, donde casi había llegado, tocado el cielo del poder cuando don Arturo Illia lo puso como director de SEGBA, Flor de escalón para luego llegar a ser, en ese breve paraíso de gobierno radical corto, golpeado, subsecretario de Economía. Un paso más y hubiera llegado a la cumbre de Hacienda. Pero había sido flojo, lento, don Arturo. Pobre. Tampoco Balbín, el líder, con sus famosos renunciamentos, había llegado a imponerse. El iba a llegar, tenía todas las condiciones. Conocía bien el radicalismo y también había tenido sus buenas charlas con Perón, allá, pasando los portones de Puerta de Hierro. Eso era política, ajedrez para el futuro. En 1972, Perón le había ofrecido la candidatura a la vicepresidencia. No se pudo por Balbín. Pero cuando hay ganas hay caminos. Por algo Perón, en algunas de sus comunicaciones con su gente, lo



había indicado como un hombre de ideas claras. Era la verdad. El siempre se había pensado a sí mismo como un hombre con un alto destino político. Pero ahora empezaba a saber que hay portones que no se deben tocar, como los de los cuarteles.

Había pensado en renunciar, en salirse. Pero por ahí no lo iban a dejar, ya sabía mucho, demasiado. Sería su apuro, su miedo. Quizá la salida era seguir hacia arriba, cojudear, decirle al Presidente lo que sentía: que se estaba atrasando mucho el paso a los verdaderos dirigentes, esa salida cívico-militar que tanto anunciaba. Al año y pico del golpe, las cosas se enredaban. Cada vez, se oscurecían en una telaraña siniestra. Siempre hay un final, pero el de este asunto no se sabía. Lo único sería cortar en algún momento, decir hasta acá llegué, vuelvo al llano.

Pero eso ya se estaba poniendo difícil, a esa altura.

Bajó hasta el garaje y subió a su Peugeot 504 rojo; tal vez acarió, distraído, pensando, el suave tapizado negro. Los días se iban poniendo difíciles. El general Videla le había ofrecido el cargo de embajador en Venezuela dos veces; había aceptado en junio de 1976. Era uno de los tres embajadores del Proceso de origen radical, con Tomás de Anchorena, en Francia, y Francisco Blanco, representante argentino ante el Vaticano. No eran los únicos civiles que habían apostado a que el general Jorge Rafael Videla traería de la rienda una salida democrática organizada, que no tuviera como único protagonista al peronismo. Que uniera todo, bien, no como el loco de Lanusse que lo había chuceado a Perón y ahí estaba el desastre, Perón muerto, Isabel,

el retorcido de López Rega, las Tres A, la primera línea de atentados, de muertos. Estaba bien poner orden. Otros partidos políticos le habían dado hombres a Videla: el desarrollismo, a Oscar Camilión, embajador en Brasil; el socialismo democrático, a Américo Ghioldi en Portugal y los conservadores, a Francisco Moyano en Colombia. Para adentro, otros personajes intentaban acomodarse en esa salida cívico-militar. Algunos caudillos del Interior, como el jujeño Guzmán y su hija María Cristina, bajo el lema de un desparramado Partido Federal, pivotados por el político y periodista Horacio Agulla desde la revista *Confirmado*, arimados al General Viola —motor del proyecto—, buscaban también su destino. En todo caso, si era cierto que el plan se demoraba, fracasaba, o nunca había existido, no era

PÉREZ



el único que se había equivocado. Pero no podía fracasar, por el país, por él, por sus hijos, o, mejor dicho, porque estaba metido hasta los huesos y ahora, del otro lado, enfrente, había otro hombre ambicioso, que manejaba el poder, y el terror, con saña maquiavélica. Patrón y sota de la Armada, el almirante Emilio Eduardo Massera, un tapicito a la vibora, peinado a lo Gardel, que había sido ungido por el mismo Perón en un almuerzo en La Plata, que había jugado a ser el "Cuatro Hombre", el hombre por encima de la Junta Militar, tramaba su futuro de líder. Y ahora, se ve, lo andaba tomando como su enemigo directo. Nombrarlo era verlo y verlo le daba miedo.

Ese hombre de mirada oblicua, a lo malevo, tenía su propio plan político, se le iba de las manos a Videla. El Embajador buscó la llave de arranque y recordó que el día 15, apenas había llegado al país para el casamiento de su hija, el mismo día en que había salido el reportaje de la revista *Somos* que lo tenía sin dormir, había llamado al cura Roberto Marcos Berg, secretario de la Oficina de Prensa del Episcopado. El sacerdote había leído —claro— el reportaje que le habían hecho al pie del avión, con su nombre, con su foto, con ese título fatal, donde él, Hidalgo Solá, decía: "Voy a hacer lo posible para ser presidente".

Del otro lado del teléfono, la voz del cura lo había calmado. Por un momento esa nube oscura, ese miedo, se había dormido y él había recuperado su tono habitual, de político acostumbrado a las tormentas.

—Las cosas que le hacen decir a uno —le dijo a Berg—, que no son ciertas. Usted ya debe estar acostumbrado —le había dicho, tal vez para que se lo dijera al Nuncio, al Papa, a Dios, al Presidente, al Almirante—. En fin, usted ya sabe como son los periodistas.

El sacerdote lo volvió a tranquilizar. Eran amigos. Lo invitó a almorzar en su casa para el día 18. Era hoy. Arrancó el Peugeot y salió a la luz del invierno. Vio, de refilón, como esa luz pegaba contra la fachada de la Embajada de Inglaterra. Enfiló por Agote, buscando Libertador. Allá abajo, donde doblaba la barranca, se dibujaba, notorio, el edificio del Museo Nacional de Bellas Artes. Rosado, como esa otra casa a la que siempre había querido llegar. Se dijo que tarde o temprano tendría que hablar con el General.

ESE TESTIGO

Yo, Claudio Vallejos, quiero aclarar que en mi anterior testimonio, si negué que sabía algo sobre el asunto Solá es porque estaba amenazado. No estoy tan loco, como dicen, pero ahí, en Caseros, la cosa está jodida. Ahora necesitaba decir todo lo que sabía, les dije.

Sí, yo pertenezco al Grupo de Tareas 3.3.2 de la ESMA, con base en el Batallón de Infantería de Marina (BIM) número 3, de La Plata. Mi jefe inmediato era el teniente de navío Galíndez. En un artículo de la revista *La Semana*, que leí en Caseros, se hablaba de un hombre conocido con el nombre de guerra de Agustín, y el alias *Fragote*, que habría participado en el secuestro de Hidalgo Solá. A ese hombre lo conocí con los mismos sobrenombres, allá en la época de la ESMA. Agustín, *Fragote*, era un agente del Servicio Penitenciario Federal. También le decían *Torpedo*, porque era uno de los que tenían a su cargo la ejecución de los secuestrados. Una especie de grupo especial. En la cárcel, un preso amigo, de nombre Néstor Cendón, me dijo que él había trabajado junto con Agustín en la Penitenciaría. Al tiempo vimos en los diarios un identikit de Agustín. El hombre había trabajado por lo menos hasta el '83 en Caseros, estoy seguro, y

después supe que su verdadero nombre, de Agustín, era Carlos Generoso. En el identikit le noté algunos cambios en la cara, seguro porque los del Grupo de Tareas se desfiguraban algunos rasgos cuando operábamos a la luz del día. Eso dije, eso debo haber dicho, de un tirón, el otro día, pero ahí me paré. De golpe me vi volviendo a la unidad, a Caseros, y me paré, pensando en los muchachos. En Caseros es jodido, un puntazo y chau. Tenía razón yo.

Ahí paré mi declaración, la de esa vez, y sí me culé. Y una semana más tarde dije que no quería seguir hablando porque me habían vuelto a amenazar. Quería más seguridad para mí y para mi familia. Porque viene mi mujer y me dice de la audiencia que tuvo con el Jefe de la Policía Federal. "Me habló de vos diciendo que sí, que sabés mucho. Me consta que este muchacho sabe mucho, y cuánto, dijo el Jefe", me cuenta mi mujer. Así que ahora voy a pedir, iba a pedir, pedí contacto con la familia de ese pobre tipo, Hidalgo Solá, y le escribo una carta al radical de Vassara para pedirle una entrevista donde le voy a pasar datos que complican a muchos jefes militares; en una segunda carta le escribo a

Vassari que hasta ahora todo lo que sabía se lo había contado al juez Dibur, pero que pasaron "hechos gravísimos". Eso le voy a poner, que quiero verlo porque es el abogado de la familia del Embajador. Mi amigo Cendón se hace el sota. Dicen que dijo que sí, que me conocía de la unidad carcelaria 16, dijo, de acá, de Caseros y a Carlos Generoso desde 1974, cuando estaban juntos en el Servicio de Inteligencia Penitenciaria Federal. Pero no, no, miente, dice que nunca hablamos de ese hombre, y que el identikit que nos mostraron no coincidía en lo más mínimo con el rostro de Generoso, y que los sobrenombres ésos, Agustín, *Fragote*, podían corresponder a Generoso, sí, pero no, a él no le constaba. Y eso que estaban juntos. Qué no le van a sonar. Para 1977, le dijo al juez, ya no le tenía el rastro a Generoso, porque no trabajaban juntos. Hijo de puta. Viene, me miraba, como si uno no se enterara de todo. A mí ya vinieron a hacermelos reportajes. De *La Semana*, vinieron. Del Brasil. O van a venir, ya no sé cuándo fue antes, después, pero yo leí, aunque me zcase las fechas. Yo fui juntando, tengo los recortes. Ahí está *La Nación*, del mismo 27 de julio, con ese comunicado de la Armada y declaraciones del Cero, del Almirante. Allá adentro le decían el Cero, como si no existiera. Vallejos, decía el comunicado, y Vallejos soy yo, desértos dos veces y el 1.º de mayo de 1978 fue declarado psicópata histórico por una Junta de Reconocimiento Médico. Encima dice que apenas si fue conscripto de la Infantería de Marina, sin llegar a ser ni voluntario o parte de los cuadros permanentes del arma, y menos miembro del SIN, del Servicio de Inteligencia de la Marina. Y estoy procesado por esta farsa y usurpación de títulos y honores, y fui juzgado por hurto en 1978. Está bien. Como dijo un periodista: ese año, Vallejos, le tocaron todas. Eso sí, el almirante Massera, se las agarró con *La Semana*, que lo persigue con "La historia negra de la ESMA, El plan secreto Massera-Monteros", y ahora un reportaje a ese pobre loco delincuente, que soy yo. No me conoce, dice el Cero. Está bien.

Estoy loco, me dejaron loco a golpes y ya no sé los tiempos, los días. De pronto pienso que todavía estoy declarando ante el juez, o que vuelvo a la celda, y que Cendón me mira, y que me amenazan, y enseguida el tiempo pasó y este diario es de 1984, cuando empezaron a destaparse las ollas. Pero aquel 18 de julio en que desapareció Hidalgo Solá fue antes de que me volviera así, psicópato dicen, ladrón. Yo hablo de antes, hablé antes. De lo que vi, cuando no estaba en Caseros sino en el BIM 3. El Vallejos, en julio de 1977, no estaba en Caseros sino en el BIM 3, leo, estoy leyendo, lé. De que el 16 de julio de 1977 llega al BIM 3 una orden para que nosotros y la Base Naval Punta Indio prepararan un grupo de apoyo para concretar una detención en la Capital Federal. Raro, me pareció.

EL HOMBRE

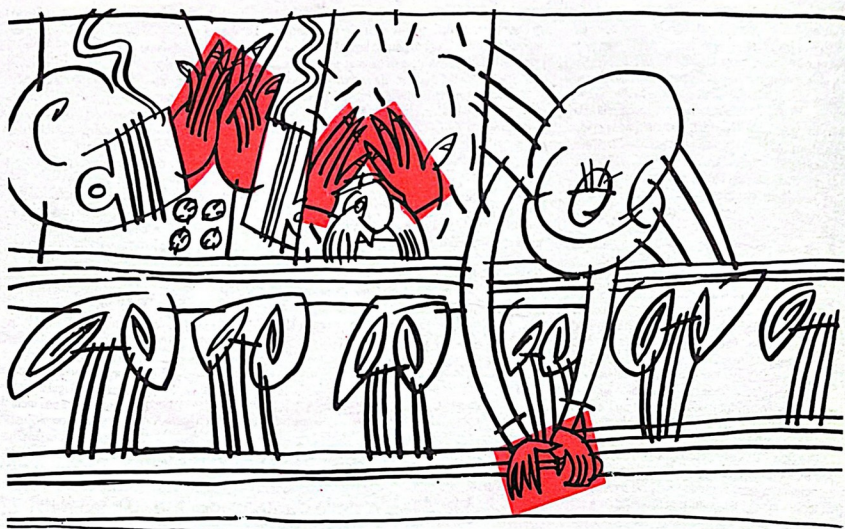
Al General, a Videla, el Embajador le iba a preguntar directamente si no sabía que el Almirante extendía cada vez más su poder propio, por encima de las instituciones, de los organismos de inteligencia.

Que jugaba a varias puntas para una meta: la de llegar a presidente. Y con apoyo, siendo popular. Le habían dicho que en la Escuela de Mecánica de la Armada, un montón de prisioneros elegidos por su inteligencia, porque no se habían doblado ante la tortura, le iban planeando al Almirante una estrategia casi mundial. Ese hombre era un loco, le habían dicho. Los monitores presos le inventaban cada vez más cosas, porque el triunfo final del Almirante era su única manera de vivir. Le habían dicho que en la Argentina se multiplicaban los cementerios clandestinos, los fusila-

Nombrarlo era verlo y verlo le daba miedo. Ese hombre de mirada oblicua, a lo malevo, tenía su propio plan político, se le iba de las manos a Videla.

mientos por fugas, las desapariciones. Y esa era la gente del Almirante, Videla no iba a ser. Por consejo de sus asesores forzados, el Almirante, para afuera, hacia el *playboy*, se lo veía en fiestas mundanas, se le imaginaban romances con actrices o modelos famosas, iba dejando la ropa militar para adoptar un aire sport, y en discursos planeados afuera y adentro del país, se iba distanciando de la política del gobierno, marcada sobre todo por el ministro de Economía Martínez de Hoz; para adentro, en su laboratorio ideológico, hacía intentaba arreglos con la cúpula de los Monitores en el exilio. Hacia mediados del año 1977, el enfrentamiento entre los dos proyectos —el de Videla y ciertos políticos, el de Massera— estaba claro. Ese era el hombre que lo tenía en la mira, pensaba el Embajador.

El Embajador se lo había dicho claramente a su amigo Carlos Fernández Perna, en Caracas: "Ese hombre —había dicho, por Massera— tiene todos los cañones apuntados contra mí". También su mujer, Delia García Rueda, conocía esos temores, que transmitió alguna vez a la mujer de Videla. A esa altura, sintiéndose vigilados por miembros de los servicios de Marina que operaban en Venezuela, en la seguridad de que en su residencia de embajador había microfones por todas partes, Hidalgo Solá era un hombre con miedo.



CARMEN PÉREZ

ESE TESTIGO

Me pareció raro porque hasta ahora había participado en varios traslados de detenidos políticos desde el BIM 3 hasta El Vesubio, La Cacha, la Base Naval de Punta Indio, siempre por la zona de La Plata, Enseñada, Berisso, por ahí, y cuando mucho —pocas veces— hasta la ESMA, sin operar en la Capital. Así que salimos, eso les dije. Y les dije los nombres, porque memoria no me falta ni me va a faltar. Teniente de navío Galindez, capitán de corbeta Biglione, suboficial mayor Aquino, cabo primero Vallejos —que no era pariente mío, ni nada— cabo principal Quipildor y dos civiles, Daniel Butti y Luis María Gutiérrez. Y yo, el declarante, como decía el legajo, Vallejos, yo. En la ESMA nos esperaba Chamorro, el Director. Al rato, llegó a la ESMA el grupo de la Base Naval de Punta Indio, formado —así dije, acá digo— por el capitán de navío Herberg, el teniente de corbeta Alonso Halle, el teniente de corbeta Mario Keiller, el suboficial primero Ricardo Arroyo y el cabo primero Alberto Sánchez. Todos negaron, todos deben haber zafado, porque yo estoy loco. Los dos grupos pasamos juntos el 17 de julio en la ESMA y en la mañana siguiente, nos repartimos en dos Ford Falcon "truchos", sin antena ni nada identificatorio. Media hora más tarde, llegamos al cruce de la Figueroa Alcorta con Pueyrredón, y nos pusimos a rastrear la zona. Yo andaba con una Browning 9 milímetros. Nadie llevaba armas largas. El otro coche se alejó para detener a un tipo que, según pude ver, o dijeron después, llevaba un arma. Serían las 8. Ahí vimos que Chamorro se paraba en la subida de la plaza, frente al Museo ése, el de las Artes. Como 50 minutos más tarde, me acuerdo, dije, al guardiamarina Paz le llegó por el walkie-talkie, claro, eso de que el cerdo llegaba a la trampa. El cerdo llega a la trampa, cambio, claro, se escuchó.

EL HOMBRE

El Embajador, en la bajada de Agote, esperaba para entrar en Libertador. Pensaba en el Almirante.

Para colmo, unos días antes, en Venezuela, se había ido de boca. El 8 de Julio de 1977 había aparecido en el diario *La Opinión*, de Buenos Aires, un cable de *France Press* en el que se anunciaba que Héctor Hidalgo Solá, embajador argentino en Venezuela, había declarado, en Caracas, que pretendía ser el Presidente de la Nación en 1978, a partir de un gobierno cívico-militar.

De modo que el 11 de julio, cuando llegó a Ezeiza en goce de licencia por el casamiento de su hija, lo habían estado esperando los periodistas. Uno de los de la revista *Somos*, otro del diario *Clarín*, otro de la Agencia *Díarios y Noticias*. Le habían preguntado por esas declaraciones. Que no, había dicho, "¿A usted le parece que yo pude haber dicho eso, con mi experiencia política?", había preguntado el Embajador. Los diarios se hicieron eco de la desmentida. "Dije —había dicho el Embajador— lo mismo que el General Videla. El país se encamina hacia una democracia estable y duradera. Para eso es neces-

rio un gobierno cívico-militar". *DyN* largó un cable en el que se decía que la familia de Hidalgo Solá estaba muy preocupada por la entrevista de *Somos*, pero ya no había vuelta; la entrevista salió en el número del 15 de julio, y el título era: "Voy a hacer lo posible por ser presidente".

No sabía, no podía saber —no sabría nunca— que en la ESMA, el hombre de más poder después del Almirante, había dicho: "Al Negro Massera no le van a gustar nada las declaraciones de Hidalgo Solá". Pero sí había podido leer, en el boletín *Convicción* —apéndice político del Almirante—, esta admonición jodida: "Esperamos que en las próximas horas se le pida la renuncia (...) A menos que Hidalgo Solá no sea embajador del gobierno de las Fuerzas Armadas, sino embajador de su propio partido político". Desde el sur, el diario *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca —también ligado a la Marina—, con fecha 18 de julio, había lanzado un anatema, tratando de "jadeante profecía" a la esperanza política atribuida a Hidalgo Solá, y enanando esta prosa: "La mediocridad repta con sus viejas argucias y riega tradicionalmente el árbol del olvido, a cuya sombra protectora densan hasta que aclare. Hace apenas cuatro años —¿se posible tanto olvido irresponsable?— una coalición política con aliados especuladores, duchos en amafos electorales, precipitó al país al abismo". En la ilustración del editorial un hombre leía un diario con una serpiente encima.

En otros diarios, por esos días, se podía tantear el clima que vivía Buenos Aires. El mismo día en que Hidalgo Solá se disponía a salir rumbo a los teatros de sus ancestros, *La Nación* informaba que el editor Daniel Divinsky y su esposa habían sido liberados después de seis meses de detención, un castigo que les cayó por haber publicado un libro para niños titulado *Los cinco dedos de la mano*; la noticia había sido propagada en Francia por el embajador Tomás de Anchorena. En la Argentina, se esperaba la llegada del obispo ultraconservador Marcel LeFebvre, quien consagraría sacerdotes argentinos para su secta hereje; mientras entraban los primeros animales para la fiesta anual de la Rural, Martínez de Hoz dirigía un mensaje al país para informar

sobre la marcha del plan económico. En un comunicado, el gobierno militar advertía a la población sobre "el accionar fraudulento de personas que invocando una supuesta condición militar solicitan donaciones que se destinarían a entidades de bien público". Se informaba sobre la creación del Centro Piloto de París, cuya misión, según el Ministerio de Relaciones Exteriores, sería "accionar en todos los ámbitos que correspondiera con el fin de difundir hechos, circunstancias, informaciones y material dirigido a mejorar la imagen de la Argentina".

No hay pistas, ahora. Nunca se va a saber si el Embajador supo, después, en algún lugar, que ese centro se convirtió muy pronto en obra de las manifestaciones del poder de Massera; ahí recalcaron oficiales de la ESMA que —lo dijo el embajador Anchorena— no sabían ni decir buen día en francés, y detenidos-desaparecidos de los Montoneros; ahí, se dice, Massera se



entrevistó con Firmenich y le dio un millón de dólares para que no boicoteara el Mundial 78; ahí se habría tramado y concretado el secuestro del actual presidente del Banco Municipal, don Saturnino Montero Ruiz; ahí, la telaraña de Massera chocaría con la Cancillería hasta que viajara Elena Holmberg a Buenos Aires para denunciar las irregularidades del Centro Piloto. Uno de los que vio las pruebas fue Horacio Agulla. Elena Holmberg —en los comienzos de un verano en el que por primera vez se oyó hablar mal del gobierno militar en Punta del Este— sería después secuestrada y desaparecida; Agulla moriría de seis balazos frontales de calibre 22 ligero al salir de una casa de la calle Posadas el 28 de agosto de 1978. Quienes lo conocieron recuerdan que alguna vez, en esos tiempos, llegó a la redacción de *Confirmado* diciendo que venía de ver a Massera. "Me enteré de que estuviste con Viola", le habría dicho el Almirante. "Vos sos comandante en Jefe y me llamaste y vine. Viola me llamó y fui", le dijo Agulla. "Pero te estás equivocando; te estás jugando a los perdedores. Los que vamos a ganar vamos a ser nosotros", le advirtió el Almirante. "Mirá —dicen que Agulla dijo que había dicho—, arreglé entre ustedes y después nos llaman. Porque cuando se pelean dos militares, pierde un civil".

Hidalgo Solá ya pudo estar presintiendo eso mismo, el día en que por fin arancó su Peugeot rojo, en julio de 1977. Las radios informaban que el cargo del Hospital Italiano, en el barrio de Almagro, en un operativo en el que participaron fuerzas de las comisarías 9 y 11 y "un grupo de inteligencia de la Escuela de Mecánica de la Armada", se había detenido a uno de los agresores del ex ministro de Relaciones Exteriores, viceministro César Guzzetti, que había sido baleado hacía dos meses. Poco después, se agregaba que el "delincuente subversivo se había autoeliminado utilizando una pastilla de cianuro". Acaso el Embajador recordaba que en los diarios campeaba un aviso:

ALTO. ¿SIENTE TEMOR? ¿LO MOLESTAMOS, INTERRUPIENDO? SI USTED ES GENTE DE PAZ, SEPA QUE NO DEBE PREOCUPARSE. PARTICIPE COMPRENDIENDO. COMPRENDER ES QUERER.

Entonces se le cruzó ese auto, en Libertador.

LOS INFORMES

A las 9 de la mañana del día siguiente, Delia García Rueda de Hidalgo Solá entró a la Comisaría 19. Iba a denunciar la desaparición de su esposo. El caso pasó al juez Guillermo Rivarola, el primero de una larga causa. De acuerdo con los testimonios que empezaron al otro día, la última vez que alguien vio a Hidalgo Solá fue en el cruce de Figueroa Alcorta y Pueyrredón. Si esa versión es cierta, el Embajador

"Arreglé entre ustedes

y después nos llaman

—dijo Agulla—. Porque

cuando se pelean dos

militares, pierde un civil."

Lo mismo presentía

el Embajador.

no iba para las Grandes Tiendas, sino al revés. El Juez escuchó, en la tarde del 19 de julio, las aproximaciones de Luis Rubén Mutti, un joven oficial de la Policía al que se le habían encomendado algunas diligencias. Algunos familiares y amigos afirmaban haber visto a Hidalgo Solá un día antes de su desaparición, exactamente en horas de la mañana del día 17, en un Ford Falcon amarillo que había sido aparcado por otro coche. Al parecer, conversaba amablemente con varios hombres. El día 20, Amelia Edith Hidalgo de Echeburu, la hermana de 54 años del Embajador, declaró —y eso no coincide para nada con lo que declararía más tarde uno de los personajes más sonados de este caso, el misterioso Vallejos— que a las dos y cuarto, dos y media de la tarde del mismo día 18, mientras iba con su esposo en un auto por la Avenida Figueroa Alcorta, para el lado del Norte, había visto a su hermano Héctor poco antes del cruce con la Avenida Pueyrredón, manejando un Torino "posiblemente beige claro y gris, bastante sucio". No le dijo nada a su marido porque pensó que el Embajador iba hacia su domicilio. "Pero imprevistamente —recordó— el Torino tomó velocidad y siguió derecho por Figueroa Alcorta y se perdió de vista a la altura de la Facultad de Derecho".

El mismo día 20, Marcelo Néstor Canay, un amigo personal de Hidalgo Solá, comentó al Juez que a las 8.30 del día 19, él y algunos directivos de las Grandes Tiendas, que aguardaban preocupados noticias del Embajador, habían recibido el llamado telefónico de un hombre que no se quiso identificar. El hombre dijo que el 18, a eso de las 8 y media, cuando iba hacia el centro por la Avenida del Libertador, había visto a Hidalgo Solá a la altura del Museo de Bellas Artes. Estaba parado al lado de su Peugeot rojo y conversaba con una persona; un Ford Falcon amarillo patito, con varias personas adentro, le cerraba el paso. El informante era un proveedor de la firma.

En la mañana del 20 de julio, el diario *Buenos Aires Herald* conjeturaba que Hidalgo Solá podría haber sido raptado por la "derecha subversiva". El mismo día, Juan Carlos Masciocchi, un industrial de 47 años alojado en la Unidad Carcelaria número 16, Caseros, podía una audiencia al Juez y el auto de Hidalgo Solá era encontrado en La Pampa y Figueroa Alcorta. El auto estaba entero, con las puertas cerradas por fuera con la llave correspondiente. Algunas personas testimoniaron que el coche ya estaba ahí a las 13.30 del día de la desaparición del Embajador. Hubo otro llamado anónimo —descartado— que atribuía el secuestro a los Montoneros.

Lo meten en el mismo Falcon, que ya tenía la puerta de atrás abierta.

A las nueve y media, estábamos en la ESMA.

El Cero debía estar contento.

ESE TESTIGO

Chamorro estaba de traje azul oscuro. Nosotros teníamos todos ropa sport, como dije. Yo tenía una credencial de Cabo Primero. Así que no había llegado a nada en la Fuerza, como dicen? La credencial, y la nueve milímetros. Cabo primero del Ejército, pero así era en esos días, para confundir. Si me bajaban, me avivé después, pasaba por uno de los "verdes", de los de Viola. Un grupo de tareas de la ESMA que



había llegado último seguía al Peugeot del tipo, que era rojo, nuevo. Después vino otro Peugeot. Entre ese y tres Falcon lo encerraron, al auto del hombre. Ahí, se baja Generoso, de uno de los Falcon, y el

teniente de corbata Castelli, eso dije, eso declaró. Se van contra el Peugeot rojo y le apuntan al hombre con una Browning, o una Ballester Molina. Miren si mienten, si no estuve. Lo meten al tipo en el mismo Falcon, que ya tenía la puerta de atrás abierta. En ese auto estaban el mismo Carpiniero, un capo alto, y El Tigre Acosta. Castelli se fue en el Peugeot del tipo por la Avenida Pueyrredón. Nos separamos, dije, me acuerdo. A las nueve y media de la mañana, estábamos en la ESMA. El Cero debía estar contento.

EL HOMBRE

Ahí, en la parte de atrás de ese Falcon, el Embajador pudo pensar que todo lo que le habían dicho

era cierto, que todo su miedo era cierto, sí, lo que diría ese Vallejos frente a los jueces, en sucesivas audiencias cargadas de miedo, o especulación, iba a ser cierto. Lo que le venía diciendo Fernández Ponzal, ese periodista cercano a la Secretaría de Inteligencia del Ejército, era bien cierto. Que desde que asumí en la Embajada, lo vigilaban los hombres del Almirante. Que el Almirante había viajado a Venezuela, con nombre falso, para presenciar un Congreso Internacional de importantes dirigentes de izquierda. Se lo habían mandado decir de mil maneras; ese hombre —Fernández Ponzal—, que no pudo verlo en el Aeropuerto, o que al no verlo, según lo arreglado, le había querido dar una señal, le había conato algo. En aquel encuentro, habían participado, como observadores, representantes diplomáticos de rango medio y otras personas sin aparente vinculación con esa ideología. Pero el Almirante había estado, con su gente. Ahora, se arrepentía de no haber comunicado esa información más arriba o toda la Cancillería. En Venezuela, se lo había dicho directamente al ministro de Relaciones Exteriores, al viceministro Montes. A un marino, bultoso, se debía estar diciendo. Con cara de púer, el Canciller lo había escuchado anunciar que, al regresar a Buenos Aires, se lo iba a contar directamente al General Presidente. Decía —le habían dicho—, que Montes se lo contó derecho al Almirante. Y el hombre, le habían dicho —ahora lo iba sabiendo—, después de consultar con miembros argentinos de la Logia Propaganda Dos (P2) había decidido eliminarlo. Ahora iba en ese



auto. ¿Dónde estaba Videla, carajo? ¿No sabía, Videla, lo que a él le habían venido diciendo? Que Massera, y otros hombres de la Marina de Guerra, habían montado una organización enorme, con la que se iban enriqueciendo, con fondos del Banco Ambrosiano, caja negra de la pídese. ¿No le habían hablado del comandante Coda, que estaba en el directorio de la filial argentina de ese banco? En 1976, apenas asumí, la Cancillería empezó a interferir en su trabajo, se iba acordando el Embajador. Sabía que lo vigilaban y para colmo, de vez en cuando, de allá, de la Argentina —de donde llegaban noticias que no podía creer del todo—, la gente del Partido le mandaba algún prófugo, alguien que había podido salir del país, como aquel sobrino de un caudillo provincial, que había militado en el peronismo y había tenido que huir. Ahora que lo pensaba, era curioso. En la Argentina había gente que parecía haber menos de lo que a él le llegaba, de lo que él quería saber, pensaba —pensando hacia atrás— mientras por la ventanilla veía que entraban a la Lugones.

Lo había comprobado en aquel famoso viaje de Videla a Venezuela, que él mismo había preparado, contra toda argumentación de los asesores presidenciales, que consideraban peligroso el viaje del Presidente a un país democrático. Con Videla habían venido algunos artistas; recordaba a un cantor, y sobre todo a un pintor. En ese viaje, una noche, el pintor le había conato que se había encontrado con artistas venezolanos que conocían a artistas argentinos que contaban que en la Argentina se secuestraba a mansalva, que había campos de concentración.

Ese hombre, el pintor, con su cara de sorprendido, le había dado envidia. Era mejor no saber, o vivir como si no se supiera. ¿Para qué mierda se había metido en ese baile si al final no iba a ser presidente? ¿Qué hacía Videla? En aquel viaje él, el Embajador, había conseguido que Carlos Andrés Pérez le para las manifestaciones, las denuncias. Videla se había ido diciendo que había sido su viaje más fructífero. Se acordaba bien. Justamente el 13 de julio de 1977, en una nota del diario *La Nación*, además de declarar que nunca había dicho lo que había dicho —que iba a ser presidente— resaltaba, eufórico, pelotudo, que el intercambio comercial entre la Argentina y Venezuela había sido de 30 millones de dólares en 1975, 50 millones en 1976, y, se pensaba, 250 millones para 1977. Algunos vez el Presidente lo había ayudado; como cuando Cancillería le pidió la renuncia porque había recibido a Casildo Herrera, sindicalista, peronista, perseguido por la Justicia. Pero ahora, se daba cuenta, lo había dejado solo. Estaban llegando a algún lugar. El Embajador miró el reloj; supo que no llegaría ni a las Tiendas, ni a la comida con Berg, el cura del Episcopado. Antes de que lo bajaran bruscamente del Falcon, recordó al cura. Se habían conocido en Bariloche, en 1961. El religioso estaba a cargo de la Capilla de Liao Liao, donde Hidalgo Solá, en vacaciones de nieve, iba a misa con su familia. Después, se lo encontró en la Oficina de prensa del Episcopado, muy cerca del Nuncio Apostólico, Monseñor Pío Laghi. Un hombre para tener en cuenta, el padre Berg. Y un buen tipo.

Otra cosa que no supo. Un rato después, sobre el filo del mediodía, el sacerdote llegaba al departamento de su amigo. Le sorprendió ver a toda la familia. Le preguntaron si Héctor venía con él. Dijo que no. "Era nuestra última esperanza", le dijeron. Entonces Berg habló por teléfono con el general Albano Harguindeguy, ministro del Interior. Harguindeguy llamó al Jefe de Policía. El cura se quedó con la familia. Más tarde, frente al Juez, Berg comentó que había leído el reportaje y había tenido la impresión de que ésa no eran declaraciones formuladas por su amigo, dada su forma de ser y las circunstancias que atravesaba el país. Curioso; el periodista de *Somos* que le había hecho la entrevista declaró que sí, que él no había titulado la nota, pero que el Embajador había dicho eso, exactamente, el día de su llegada a Ezeiza, que quería ser presidente, y que su esposa lo había escuchado. Lo había escuchado muy bien.





LOS INFORMES

El 19 de abril de 1983, cuando la causa ya estaba en manos del juez Dibur y los familiares de Hidalgo Solá se habían enfrentado verbalmente con varios funcionarios de la dictadura, Carlos Guillermo Suárez Mason —"Pajarito", para los íntimos— prestó testimonio por escrito. El juez atribuía el hallazgo del Peugeot a personal del Primer Cuerpo de Ejército, que por entonces él comandaba.

Suárez Mason supo ser un hombre muy especial, que en algún momento solía reunir a los directores de las llamadas revistas independientes —Agulla de Confirmed, Grondona de Discusión, Neustadt de Extra, Gambini de Redacción, y otros de publicaciones menos conocidas— para bajarles línea. Algunos siguen pensando que jugaba solo, sin inclinarse por ninguno de los dos bandos. En lo mentó, justamente, en el velorio de Agulla, al que Massera —él, tan luego— mandó su edecán. En ese velorio, uno de los directores contó que no hacía mucho tiempo Suárez Mason los había llamado al Primer Cuerpo; alguien, después, antes, acotó que solía recibirlos en traje de fajina, con sus oficiales al lado. Cuando el discurso del General llegaba a su más alto punto, Agulla se paró, se tocó el lugar de unas improbables charreteras y le dijo: "General, he caminado tanto con ustedes,

No podía saber que la investigación terminaría

en la nada. Que la

Cámara Federal iba a decir

que sólo se podía tener

por cierto que el

Embajador "desapareció".

que ya tengo tantas jinetas como usted. Así que no me diga lo que tenemos que hacer". Casi frente al cajón del muerto, aquel director de cuño radical sintió que Agulla se andaba buscando esa muerte. Así de confusas eran las cosas en esos días.

Profesional, Suárez Mason narró al Juez que después de unas conversaciones tenidas con los familiares de Hidalgo Solá en la casa, la Secretaría de la Presidencia y el Ministerio de Relaciones Exteriores habían ordenado una investigación. El único hecho positivo era que una patrulla de sus hombres había encontrado el Peugeot. Agregaba que gracias a su intervención algunos familiares del desaparecido habían perdido el miedo y declarado que habían visto a Hidalgo Solá en la mañana de su desaparición, hablando con unos hombres, con su

auto detenido frente al Museo de Bellas Artes. El empleo de Suárez Mason llegó hasta a hacer rastrear una zona que una vidente había señalado a los familiares del Embajador. Más profesional, declaraba que al no aparecer ningún indicio de que la desaparición del Embajador tuviera que ver con el accionar de la guerrilla, había dejado el caso en manos del Jefe de Policía, general Edmundo René Ojeda.

Por ahí morían las pistas, en conjeturas. Suárez Mason explicó, ya en las audiencias, que la guerrilla siempre reivindicaba sus acciones, y que por lo tanto había desechado la posibilidad de un secuestro realizado por la subversión. Paradojalmente —según reveló Fernando Héctor Solá— en una de las tantas desesperadas entrevistas de la familia con las autoridades militares, el general Viola, en 1981, cuando ya era presidente, le había dicho a él y a sus hermanos que se inclinaba a pensar que la desaparición era obra de la subversión de izquierda. Pero eso fue en una segunda entrevista; en la primera, les había hablado de "una conjura de silencio" y que "dentro de las Fuerzas Armadas existían grupos que trabajaban sin dar cuenta de sus actos".

En sus escritos de 1983, Suárez Mason puntualizaba que el día en que desapareció Hidalgo Solá no se habían efectuado operativos antiguerrilleros en la zona del Museo de Bellas Artes, con lo que quedaba descartado que el diplomático hubiera sido llevado en el montón.

ESE TESTIGO

Entonces yo, Vallejos, les digo, que al ratito llegamos a la ESMA y al ratito nomás vi al detenido. Tenía un traje oscuro, medio gris. Estaba

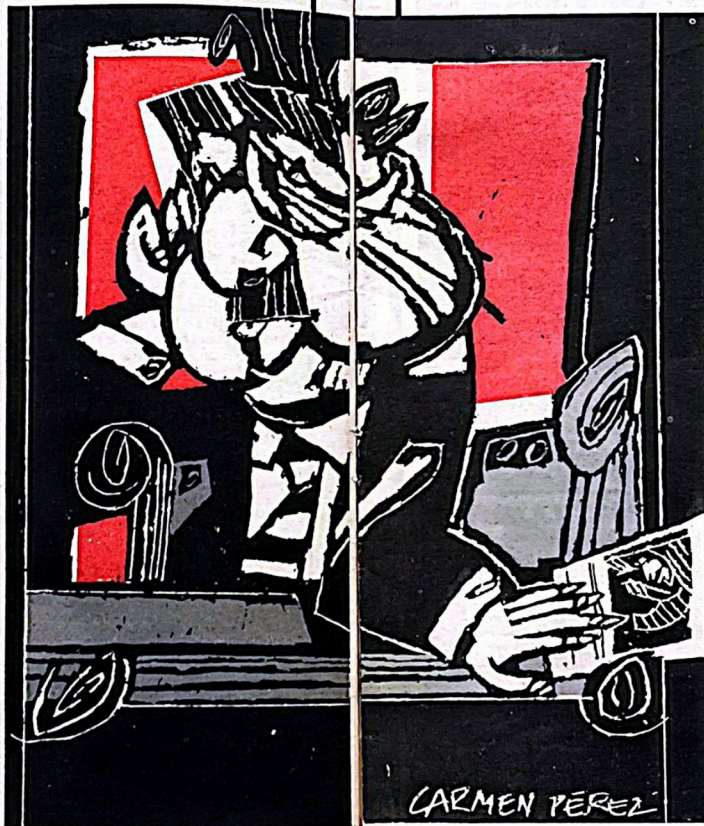
en la mitad del Casino de Oficiales, esposado y deprimido, lo rodeaban los de los servicios. Después, se lo llevaron a una pieza donde esperaban Chamorro, Agustín, Acosta y algunos más. De todos, el que más me acuerdo fue siempre Acosta, al que le decían El Tigre. También le decían Anibal y Santiago. Tendría unos 37 años, era casado, tenía dos hijas y era flaco, canoso. Los detenidos más viejos se hacían la ilusión de que el pelo se le había puesto blanco en 1976, como un castigo. Los otros celestes. Le por ahí, acá, en los recortes, que cuando se enojaba se le formaban como quistes de grasa en los párpados. No sé, para mí ese tipo estaba siempre cabrero. Si, él mandaba todo en la ESMA. Se cababa en los grados. Era teniente de navío pero se cababa en los grados. Puntecía a Chamorro, a cualquiera, para hablar con el Cero. Parte me lo dijeron y parte me acuerdo, como de aquel día. No alcancé a conocerlo tanto, pero los presos de la ESMA sí.

LOS INFORMES

El 19 de diciembre de 1983, Lisandro Radl Cubas, militante montonero apresado cuando tenía 27 años, en octubre de 1976, contó que durante su detención en la ESMA, había escuchado al capitán de navío Jorge Eduardo Acosta, al Tigre, comentarle a un secuestrado que las declaraciones de Hidal-

go Solá no le iban a gustar nada al Negro Massera. "Tendríamos que hacer algo", había dicho, con esa voz aguda, esa manera nerviosa de hablar, en la que amonitonaba términos especiales: "la monta", por los Montoneros; "irse para arriba", por ser eliminado; "Jesucito", por Jesús, que no se le caía de la boca. "Yo hablo con Jesucito todas las noches —dijo una vez en que se había producido una fuga— y él me dice quien se tiene que ir para arriba y quien se tiene que quedar". "Acá van a poner todos bien los dedos", decía cuando algún prisionero se negaba a colaborar en el aparato informal que había montado para la delación, la información, la conversión de subversivos que debían servir al objetivo de Massera.

Cubas declaraba a la Justicia por exhorto en la embajada de Venezuela. Por primera vez, los jueces lo buscaban a él y no, como antes, durante años, cuando él trataba de que alguien, cualquiera, lo escuchara. No podía saber que la investigación terminaría en la nada. Que la Cámara Federal iba a decir que sólo se podía tener por cierto que el Embajador "desapareció". Pero a nadie, a ningún grupo de poder, le interesaba saber más. Cubas dijo



ESE TESTIGO

Ahí estaba ese hombre que habíamos levantado allá, en el Museo. En la ESMA, les dije. Me acuerdo que el detenido habló, preguntó. Y Chamorro contestó que no podía decirle nada hasta que no llegara una persona que estaban esperando. Ese mismo día, Massera visitó la ESMA. Me acuerdo. Me acuerdo bien.

LOS INFORMES

Aquel industrial preso que había podido hablar con el Juez declaró recién el 4 de agosto, fue la única vez en que la balanza inclinó las culpas para el lado de la subversión de izquierda. Dijo que en 1975, mientras se hallaba detenido en la Unidad Carcelaria número 2, un hombre de apellido Milan, de Montoneros, y un tal Guevara, del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), le habían contado que las dos organizaciones estaban planeando secuestrarse de personas importantes. Masciocchi supuso que entre ellos se encontraba Hidalgo Solá. De un modo brusco, Masciocchi aclaró que los subversivos le habían tomado confianza porque él les había facilitado documentación para entrar al país, algo que —según él declarando— era sabido por la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE). Los guerrilleros presos le habían dicho a Masciocchi que los secuestrados serían mantenidos en el Delta, cerca de la unión de las aguas del Paraná Miní, el Paraná Guazú y el Barceza Larga. Por supuesto, esa versión llevó a la nada.

Recién al mes siguiente, el Juez que entendía en la causa supo algo que había pasado en los días del secuestro: Andrés Dionisio Ruggeri, redactor de Política Internacional de *La Opinión*, comenzó aclarando que era amigo de Hidalgo Solá desde hacía ocho años, y que el 20 de Julio —a los dos días de la desaparición del Embajador— había publicado un artículo informativo en el que deslizaba una reflexión política personal del hecho. El 15 de agosto —casi dos meses después— iba para su casa en su Dodge Coronado y, en Triunvirato y Gándara, fue interceptado por dos Ford Falcon; uno de esos autos era verde y en él había tres hombres; en el otro, gris, había dos. Lo pararon, se identificó; uno de los hombres —traje color pardo de buena calidad, pelo corto y lacio, unos 35 años— subió a su auto como acompañante y arrancaron todos para el Parque Chas; ahí dieron varias vueltas y al final se quedaron quietos unas dos horas. El hombre que lo flanqueaba le mostró el artículo, le dijo que era "bueno", y casi sin transición, florido en el hablar, le marcó que ese texto "había tonado adverso el clima del país contra él", contra vos, le dijo al periodista, y que era conveniente que se fuera al exterior.

Otro rastreo, pudo empezar recién el 12 de diciembre de 1983, cuando el diario *El Nacional*, de Caracas, publicó un artículo de su corresponsal en la Argentina, Rogelio García Lupo, en el que se afirmaba que el periodista Fernández Ponzal —ligado a los servicios de inteligencia del Ejército argentino y al Embajador tenía una información largamente manejada por los servicios de inteligencia militar de Venezuela. Algo que seguramente Hidalgo Solá recordaría obsesivamente después del secuestro. El mismo presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez, se lo había dicho. En Venezuela operaba un comando argentino, presumiblemente integrado por once oficiales de la Marina de Guerra argentina, que habían viajado a Venezuela con documentos falsos poco antes de la desaparición de Hidalgo Solá. El personal diplomático venezolano —según narraba García Lupo— habría



reconocido a dos de los comandos: el capitán de corbeta Jorge Perén y el teniente de navío Antonio Pernía, integrantes del Grupo de Tareas 3.3.2. de la ESMA, entre 1976 y 1978. A Pernía le decían *Trueno*, *Marlin*, *Rata*. Era temperamental y violento, explosivo. Los detenidos le temían. Aparecía corriendo y pateaba la puerta del cuarto de interrogatorios para asustarlos. Se lo daba como especialista en torturas. Era oficial interrogador. Estuvo a cargo del Centro Piloto de París y se lo relaciona con el caso Holmberg. A Jorge Perén le decían *Puma*, y *Octavio*. Segura en jerarquía al Tigre Acosta, había sido relegado por su mediocridad, por su falta de decisión. Sin embargo, fue el que se enfrentó con la Holmberg. Él la hizo matar, dicen. Apenas fue secuestrado Hidalgo Solá viajó a París, posteriormente se lo ubicó en Sudáfrica.

Como si la cadena estuviera clarísima, días después, Rodolfo Luis Fernández, padre del desaparecido Rodolfo Fernández Ponzal, aseguró que en el secuestro de su hijo —fue el 5 de agosto de 1977, a las 12.30 de la noche, en Carlos Pellegrini al 1300—, los dos hombres armados que lo pararon lo habían obligado a meterse en un Ford Taunus coupé amarillo. El padre del periodista deducía que el operativo había sido responsabilidad del Servicio de Inteligencia Naval (SIN) ya que ese organismo tenía ocho automóviles iguales.

El 28 de diciembre, Juan José Taccone —sindicalista que había estado al frente de la autogestión de SEGBA en la época del peronismo— contó que luego del secuestro del dirigente Oscar Smith —ocurrido el 11 de febrero de 1977— había recibido un escrito firmado por "Oficiales del Ejército Argentino", que criticaban al Proceso y aseguraban que en un acto de protesta habían secuestrado y ejecutado a Smith. Dos días después, Taccone y su gente habían recibido llamadas telefónicas en las que les decían que el grupo del escrito estaba liderado por un tal coronel Roaldez y que ese grupo también había secuestrado a Hidalgo Solá y había puesto la bomba en el Aeropuerto de Buenos Aires en ocasión de un viaje de Videla al exterior. Taccone agregó que, después de haber publicado una solicitud en Caracas y Buenos Aires —entre agosto y septiembre de 1983— pidiendo noticias reservadas sobre Oscar Smith, le había llegado una carta anónima que daba el nombre de una persona que había estado detenida junto al dirigente sindical. Finalmente, después de una conferencia de prensa organizada en busca de Smith, otro llamado precisó a Taccone que el sindicalista había sido secuestrado por un grupo de la Marina y entregado a un grupo del Ejército que operaba en el Primer Cuerpo bajo las órdenes de Suárez Mason. El mismo llamado repitió que el grupo del Ejército estaba a cargo del coronel Roaldez. Otra vez dijeron que habían par-



tipicado en el secuestro de Hidalgo Solá y lo de la bomba de Aeroparque.

Por cercanía forense, se llamó a declarar al coronel (retirado) militar, Leopoldo Rouldés. El 30 de diciembre, el robot informante que había revisado en el Primer Cuerpo de Ejército entre marzo y abril de 1976, que luego había trabajado como auxiliar en el Departamento de Operaciones en septiembre del mismo año y después, en el mismo mes, había sido designado Jefe de la Plana Mayor de la Sub-zona Capital Federal, función que cumplió durante dos años. Dependía del comando Olivera Róvere, Comandante de la Capital Federal y Segundo Comandante del Primer Cuerpo de Ejército. Rouldés se había enterado de la desaparición de Hidalgo Solá en una reunión con sus superiores; en ese encuentro se había dado orden de intensificar los controles que duraron cinco días. Ante una pregunta del juez, el coronel informó que la Marina tenía funciones similares: rastillaje, control. Dentro de la jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército, la Armada estaba asentada en la ESMA, a cargo del capitán de navío Chamorro, y en el batallón de vigilancia Libertad, encabezado por el capitán de navío Quevedo. Según detenidos-desaparecidos liberados de la ESMA, Rouldés visitaba con asiduidad ese campo de concentración y mantenía estrecha relación con Chamorro y con el famoso Tigre Acasta.

ESE TESTIGO

Entonces, acá está, en los recortes, yo le dije al Juez, y digo, que la zona donde habíamos levantado al Embajador era del Ejército. Durante todo el operativo, no vi a nadie del Ejército, ni un movimiento. Así que la Armada, ese día, pidió zona libre para operar. Eran cosas que se hacían, le dije al juez.

LOS INFORMES

Al expediente se incorporó la carta — fechada el 8 de marzo de 1977 — enviada a Taccone por los "Oficiales del Ejército Argentino". Ahí, el grupo advertía a Videla que, de no producirse modificaciones en la política general del Proceso, enviaría copias de la carta a oficinas de las fuerzas restantes — Marina y Aeronáutica — y que, de no ser escuchados, concretarían operaciones como la de Oscar Smith.

ESE TESTIGO

Sí, Massera estuvo en la ESMA, ese día. Supimos poco. De esa Hidalgo Solá tuvo noticias por referencias. Fragote me comunicó que había sido trasladado al Uruguay. Pero con esa palabra nunca se sabe. Ahí trasladó también quería decir que lo limpiaban a un tipo, que se iba para arriba, como decía El Tigre. Se lo habían llevado al Uruguay, porque Videla estaba por tomar la ESMA, dijeron, dijo Fragote. Y yo dije al Juez. Más tarde me comentaron que lo habían trasladado a la Base

Naval de Punta Indio, y después, Aquino y Quipildor me dijeron que ellos habían estado en el grupo que había trasladado a Hidalgo Solá al Vesubio a fines de 1977. Eso fue en una de las declaraciones, algunas de las últimas. Yo ya venía diciendo de mis sospechas de que Agustín había asesinado al Embajador. Y ahí, en esa vuelta, afirmé, que mi compañero de la cárcel de Caseros, ese Néstor Cendón, había sido testigo presencial del asesinato de Hidalgo Solá, y que Agustín fue el que lo mató.

LOS

INFORMES

A los dos años de aquel 18 de julio de 1977, una voz anónima anunció en la casa del Embajador que les llegaría una carta, que llegó por correo simple, en la que se decía que Hidalgo Solá había sido arrojado, cruelmente torturado, un día marés, al lado del autor, de quien les escribía, quien le había explicado entonces al diplomático que estaban en uno de esos centros clandestinos de detención, llamados "chupaderos" y que allí la gente siempre era maltratada y ejecutada. Hidalgo Solá le había

respondido que era funcionario del Gobierno y que estaba asombrado y angustiado. El informante agregaba que luego de ese día no había vuelto a ver al Embajador. Detalla la carta: el lugar quedaba cerca de Ezeiza, sobre el Camino de Cintura, cruzando las vías hacia la izquierda, ocho cuadras antes de llegar al Puente 12, que estaba pegado a la Güemes. Eran dos casas superpuestas, una tipo americana y otra tipo inglesa, atrás. Las vías indicadas eran las del Ferrocarril Belgrano. En la época del juicio a los ex comandantes, el Partido de la Liberación y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) realizaron una conferencia de prensa en la que informaron que varios ex detenidos habían reconocido ese lugar. Allí funcionaba el "chupadero" El Vesubio, supervisado nada menos que por el general Pajarito Suárez Mason, según estableciera después la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). El lugar era exactamente igual al que había señalado la carta anónima, frente a la agrupación Güemes de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, a pocos metros del escuadrón de Caballería de La Matanza y de la División Perros de la Policía Bonaerense. La edificación ya había sido demolida pero el Centro Clandestino de Detención había podido ser identificado por las baldosas rojas con bordes blancos que quedaban en el lugar.

¡Habrá sido esas baldosas lo último que vio el Embajador, antes de dejar de ser un fantasma itinerante para convertirse en un fantasma eterno, en uno de los miles de argentinos que vinieron a confirmar la teoría de los militares argentinos (plagiada de los militares franceses que actuaron en la Guerra de Argelia), según la cual — justicia, papeles legales de por medio — si no hay cuerpo no hay delito y en todo caso está la duda, la obediencia debida, el indulto?

ESE TESTIGO

Yo, ahora, al final, como le dije a la revista ésa de

Brasil, *Fatos*, declaro que todo lo supe porque fue así, aunque me digan loco. Que yo, el declarante Vallejos, torturé y maté al Embajador, ahí en El Vesubio. Particé en su ejecución. Ahí anduvo otro loco como yo, uno que dice que fue de la policía chaqueta y apareció en Colombia, decía que había sido mercenario de Somoza. También dijeron que es loco, un psicópata. Ese dice, leí, que el boludo del Embajador era un traidor, porque negociaba con los sandinistas mientras el gobierno argentino estaba mandando barcos cargados hasta las tetas de armamentos para ayudar a Somoza. No sé. Y dice que fue el mismo Videla el que lo mandó matar. No sé. Todo es un despelote, los grandes salieron libres, yo ando acá, con mis papeles, con mis recortes, que se mezclan, con la memoria. Porque ahora, desde Alfonsín, ya se habló, se publicó todo, pero interés en saber, en investigar, no había. En Brasil viven muchos responsables, de mucho grado, que estuvieron en la ESMA y en otros "chupaderos". Ellos decían que todo lo hacían para combatir la subversión, por el bienestar del país. Una vez que yo estuve metido en eso, era imposible salir. Lo mismo que le pasó al Embajador, según me represento. Los propios de uno lo mataban a uno. Yo me voy salvando por loco. Habré asesinado por lo menos a unas 30 personas. Pero nunca maté a sangre fría. Pero tengo la certeza de que algunas personas que yo torturé murieron finalmente. Ahora estoy leyendo, leo que, por un cadáver que apareció en Marcos Paz, dicen que al Embajador le habrían cortado las manos. Yo no me acuerdo, de eso no. También veo que todos los peritos se borran. Aclare, antes de terminar, que todo eso lo sacó de mis declaraciones, todas probadas, que las tengo, pero que esta parte la armé más bien con su imaginación. Pongale por su cuenta que para mí ese cadáver puede ser, aunque no me venga ahora las fechas. Porque dicen que fue un ajuste de cuentas entre chorros, gente de la pesada. Pero la gente de la pesada no se pone en delicadezas como las de cortar las manos. Eso es de gente experta en las cosas en las que yo anduve. Yo, los otros, los que nunca se va a saber. Yo ahora barajo los recortes del caso del Embajador, los reportajes que me hicieron. A veces sale que es cierto, que yo soy uno de los que lo maté.



Copyright DYC

El tiempo del silencio

LA SALIDA CIVICO-MILITAR

1976	JUNIO. Héctor Manuel Hidalgo Solá, dirigente radical, acepta ser embajador en Venezuela del gobierno militar. Cuenta con el aval de Ricardo Balbín y de Juan Carlos Pugliese. La Armada se opone de inmediato a su designación.
1977	FEBRERO. Se trasladó a Venezuela un grupo armado de la ESMA integrado por una decena de hombres con documentos falsos. El grupo viajó con el propósito de realizar operaciones militares clandestinas. Su presencia inquieta a Hidalgo Solá, que se siente vigilado y amenazado. 8 DE JULIO. Un cable de la agencia France-Press fechado en la capital venezolana anuncia que el embajador argentino pretende ser el presidente de un gobierno civil-militar en 1978. 11 DE JULIO. El embajador Hidalgo Solá llega a Buenos Aires para asistir a la boda de su hija Adriana Pilar y para aclarar sus dichos, que habían provocado profundo malestar en el Gobierno. En el aeropuerto, es entrevistado por varios periodistas. 15 DE JULIO. La revista <i>Sumos</i> publica un reportaje titulado "Voy a hacer lo posible por ser presidente". En el cuerpo de la nota, sin embargo, Hidalgo Solá desmiente sus aspiraciones presidenciales. 18 DE JULIO. Entre las 8.30 y las 9, el auto del embajador es interceptado frente al Museo de Bellas Artes por varios vehículos de los que descienden individuos armados. Lo secuestran. Esa mañana, el boletín <i>Convicción</i> (también del diario del mismo nombre) y el <i>matutino La Nueva Provincia</i> —ambos de posiciones afines a las de la Marina— habían publicado notas en las que se denunciaba a Hidalgo Solá. 19 DE JULIO. Della Guardia Rueda de Hidalgo Solá radica en la comisaría 19 una denuncia por la desaparición de su esposa. El automóvil del embajador es encontrado en Pampa y Figueroa Alcorta, en las inmediaciones de la ESMA. 20 DE JULIO. A raíz de siete kilómetros de la Colonia de Menores Ricardo Gutiérrez, en la ciudad bonaerense de Mercedes, es hallado un cadáver de sexo masculino, con los brazos amputados. Ricardo Félix, policía local, lo toma fotográficamente. Antes más tarde, dice ante el juez que se trató de Hidalgo Solá. 5 DE AGOSTO. Rodolfo Fernández Parodi, director del semanario <i>Ultima Clave</i> , colaborador de Hidalgo Solá vinculado a la Inteligencia del Ejército, es secuestrado en Carlos Pellegrini al 1300 de la Capital Federal. El 11 de julio había tomado un vuelo a Venezuela, razón por la cual no había podido reunirse con Hidalgo Solá.
1977 a 1983	La familia busca a Hidalgo Solá infructuosamente. Entre las gestiones que realiza, se reúne con Videla, Massera, el brigadier Orlando Ramón Agazzi, el cónsul, viceministro Montes, el general Albano Hargrande, el jefe de la Policía Federal, general René Ojeda, el embajador de los Estados Unidos, Raúl Castro, el nuncio apostólico, monseñor Pio Laghi, y al general Roberto Eduardo Viola.
1983	DICIEMBRE. Lisandro Raúl Cubas, ex detenido-desaparecido en la ESMA, afirma haber visto allí a un hombre de 175 a 180 metros de estatura, vestido con elegancia, con antifaz y esposado. Supone que se trató de Hidalgo Solá.
1984	13 DE FEBRERO. Se estuman, por orden del juez penal de Mercedes, Carlos Mahiques, los restos hallados en esa localidad, que se afirma pertenecen a Héctor Hidalgo Solá. Ricardo Félix, el fotógrafo que los había registrado en 1977, dice tener la certeza de que se trató del cuerpo del embajador. 17 DE FEBRERO. Héctor J. Melillo, traumatólogo del embajador desaparecido, y cuatro peritos médicos detectan en los restos una lesión en la rótula que coincide con una fractura sufrida por Hidalgo Solá. Se solicitan estudios adicionales. 20 DE FEBRERO. El ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires, Juan Portes, anuncia a la prensa que es probable que se hayan encontrado los restos del dirigente radical. 11 DE ABRIL. Un odontólogo venezolano preciza en un informe que Hidalgo Solá era edéntulo (no tenía dientes) y que le había colocado prótesis completas en los maxilares inferiores y superiores. Claudio Vallejos, quien según sus propias declaraciones había formado parte del Batallón de Infantería de Marina número 3 que operaba con el Grupo de Tareas de la ESMA en la represión ilegal, reveló que había sido testigo y participante del secuestro de Hidalgo Solá. JUNIO. Clyde Snow, perito forense estadounidense, examina en Mercedes unos restos que no coinciden con las características de Hidalgo Solá: difieren en estatura y edad, no tienen la fractura en la rótula y poseen dentadura, aunque en último término, Snow determina rápidamente que ese esqueleto no pertenecía al embajador. NOVIEMBRE. Declaran oficiales de la ESMA acusados por Vallejos y por Cubas. Los marinos Jorge Eduardo Acosta, Tigré, Jorge Parrén, Puma, y otros niegan conocer a Hidalgo Solá y a los denunciados.
1985	18 DE JULIO. Della Guardia Rueda de Hidalgo Solá declara ante la Cámara Federal en el juicio a los ex comandantes en jefe. 9 DE DICIEMBRE. La Cámara Federal considera que no está probado el secuestro del embajador. Solá admite que éste "desapareció".

En el primer aniversario del golpe militar del 24 de marzo de 1976, analistas, políticos tradicionales y hasta el propio Partido Comunista creían advertir signos de apertura democrática en el llamado "Proceso de Reorganización Nacional".

El entonces presidente, teniente general Jorge Rafael Videla, declaró, a su regreso de Perú: "Se acabó el tiempo del silencio".

El Partido Comunista señaló la posibilidad de una "convergencia civil-militar" y analizó las "contradicciones" del Gobierno, en cuyo contexto tomó partido por Videla a quien describía como la "cara buena" del régimen.

El diario *La Nación* del 25 de marzo de 1977 reclamó la "revelación del esquema político que la Junta quiere proponer al país".

Durante la emisión de un programa periodístico por canal 9, Enrique Alonso, del diario *La Opinión*, afirmó: "El país necesita un proyecto distinto, un proyecto adecuado a lo que estamos viviendo actualmente. Y que sea aglutinante...".

Estas expresiones fueron rechazadas por Jorge Lozano, director de la revista *Paranoma*, quien dijo: "Creo que acá no se puede hablar de frases altisonantes diciendo 'Proyecto Nacional'. Hay que seguir con el país que tenemos. Es un país básicamente democrático...". Uno y otro expresaban las posiciones en juego en ese momento: lanzar un movimiento populista, el primero, y apoyar una salida civil-militar, el segundo.

José Ignacio López, quien años después sería vocero presidencial de Raúl Alfonsín, comentó que la visita de Hidalgo Solá a Buenos Aires iba a arrojar "cierta luz sobre las gestiones que se [estaban desarrollando] con vistas al anunciado viaje del presidente a Venezuela".

El mismo día, domingo 27 de marzo, el ministro de Planeamiento, general Ramón Díaz Bessone, señaló que había que "abrir cauces hacia el pluralismo ideológico para alcanzar los grandes objetivos nacionales".

El 24 de marzo de 1977, en lo que la prensa informó como un austero acto de aniversario, Videla

la llamó a la conformación de "una democracia a la que tenemos que encontrar un futuro entre todos". Aclaró después que con la expresión "todos" se refería a "hombres de pensamiento, políticos, sociólogos, economistas, gente que hace a la cultura y que puede y debe aportar esa solución estructural que apetece en el futuro".

El mismo día, Ricardo Balbín dijo: "No dudo de las buenas intenciones enumeradas hace un año, que en realidad crearon un estado cierto de motivación en el país. Pero si uno se pregunta ahora si aquellas motivaciones subsisten, yo debo contestar que en gran parte no...". Y agregó: "Pienso que el gobierno no ha utilizado el más vital apoyo que potencialmente tenía en nuestro país: el de una civilidad unida que no quería agredir porque quería servir... y aún así lo sigue queriendo...".

El 10 de abril, tituló *La Opinión* en su página central: "Evaluación política sin violar la suspensión legal". Más abajo, el diario informa que, durante cinco horas, 45 ciudadanos habían dialogado sobre "temas nacionales". Los "ciudadanos" eran todos dirigentes del radicalismo. Estaban, entre otros, Ricardo Balbín, Raúl Alfonsín, Carlos Perette, Antonio Tróccoli, Arturo Illia, Eduardo Angeloz, Juan Carlos Pugliese y Fernando De la Rúa. El grupo decidió apoyar "la posibilidad de formación de un cuerpo legal que permita evaluar hacia el futuro la perspectiva de organización de los partidos políticos", así como impulsar la "convocatoria de una Reforma Constitucional en vinculación con el Proyecto Nacional en gestación".

El 2 de abril de 1977, los diarios informaron sobre el secuestro de Edgardo Sajón, ex secretario de Prensa y Difusión durante el gobierno del general Alejandro Lanusse. El 16 de abril fueron detenidos Jacobo Timerman y Enrique Jara, director y subdirector del diario *La Opinión*. Poco tiempo después, desaparecería Héctor Hidalgo Solá. Se había impuesto, una vez más, el tiempo del silencio.

LOS PRECIOS MAS BAJOS EN LAS ZONAS FRANCAS

LA MUNICIPALIDAD LO AYUDA A HACER LAS COMPRAS

Los precios más bajos de plaza están en las Zonas Francas municipales. Acérquese a cualquiera de sus bocas de expendio y compre los productos de la canasta familiar a un costo sumamente reducido.

Compruébelo. La diferencia está en las Zonas Francas.

Horarios: De martes a viernes, de 7 a 13 hs., sábados, de 8 a 15 hs.

Martes

- Cochabamba e/Perú y Bolívar • Artilleros y La Pampa
- Coronel Salvadores e Irala • Itaquí e/Guamini y Piedrabuena

Miércoles

- Almafuerle y Pedro Chutro
- Juan B. Justo y Virgilio • California y Luzuriaga
- La Rosa e/Fonrouge y Larraya

Jueves

- Zelarrayán y Murguiondo • Espinosa y D. Alvarez
- Larsen e/Zamudio y Artigas • Pinto y García del Río

Viernes

- Plaza Martín Fierro (Ríoja y AU) • Machaín y Crisólogo Larralde
- Terrada e/Neuquén y Páez

Sábados

- Isabel La Católica y Brandsen • Cafayate y Av. Cruz
- Cochabamba e/Entre Ríos y Solís • Av. Piedrabuena y 2 de Abril

Invitamos a productores y mayoristas a proponer planes de ventas, con precios concertados por debajo de los vigentes en el mercado. H. Yrigoyen 1418, de 9 a 17.

**HACIA
UNA
NUEVA
CIUDAD**

Secretaría de Planeamiento
Subsecretaría de Producción
Dirección Gral. de Comercio Interior y Abastecimiento





Autorización Pat. COMFER 1504

94.5 **MHz** Montevideo 557
Córdoba (5000)
Tel. 240437

EN BAHIA BLANCA



De La Calle
88.1 MHz

Una radio como la gente,
con una programación
alternativa.

TE: (091)-512108

PENSAMIENTO JURIDICO EDITORA

Talcahuano 481 2° Piso - 1013 Capital
Tel.: 35-9116/1652

NOVEDAD

Jurisprudencia Criminal Plenaria "Actualización de Fallos Plenarios Penales"

Por los Dres. Guillermo R. Navarro - Pablo M. Jacoby

• Jurisprudencia de los tribunales colegiados nacionales y provinciales en pleno, en materia de Derecho Penal y Procesal Penal, con referencias a su vigencia según las reformas legislativas y cambios jurisprudenciales. I tomo

Códigos

- Código Penal de la Nación Argentina y Leyes complementarias.
- Código de Procedimientos en Materia Penal, Ley 22.353. Comentado.
- Código Procesal Penal de la Pcia. de Buenos Aires y Legislación complementaria
- Código Procesal Civil y Comercial y Procedimiento Laboral de la Pcia. de Buenos Aires, concordado con el Código Proc. C. y Com. de la Nación Argentina.
- Código Procesal Civil y Comercial de la Nación Argentina y Leyes complementarias, concordado con el Código Proc. C. y Com. de la Pcia. de Buenos Aires.
- Código de Procedimientos en Materia Penal, comentado y anotado con jurisprudencia. I. Tomo.

FLORES, EL GITANO

JUAN MADRID

"La ciudad no tenía horizontes. Hasta lo que alcanzaba la vista, los edificios recortaban el cielo negro en un bosque interminable de masas oscuras, salpicadas de luces y puntitos dorados. Líneas discontinuas trazaban caminos entre la maraña de edificios comerciales que..."

JUAN MADRID FLORES, EL GITANO



SERIE BRIGADA CENTRAL

En librerías y quioscos a \$35.000.-

EDICIONES

B
BOLSON

interiores

Cuaderno Trimestral de temas humanos

INTERIORES: Idea y dirección: Sergio Sinay.



"Héctor salió eufórico de la reunión con Perón."

La hipótesis de Juan Alemann

El miércoles 8 de septiembre de 1982, los diarios *La Nación* y *Crónica* reprodujeron declaraciones realizadas por Juan Alemann, ex secretario de Hacienda del gobierno de Videla. Alemann había dicho que era necesaria una investigación para esclarecer el caso Hidalgo Solá. Citado por el juez Nicasio Dibur, el ex funcionario aclaró sus expresiones. Dijo que había recogido información de distintas fuentes —"una serie grande de conversaciones", explicó— que le permitía afirmar que para avanzar en la investigación del caso era necesario partir de la hipótesis "más vorosimil", la que, según señaló Alemann al Juez, era la siguiente: "El Almirante Emilio Eduardo Massera estuvo en Venezuela poco antes del secuestro y presunto asesinato de Héctor Hidalgo Solá, aparentemente habría participado de un Congreso Internacional de terroristas y dirigentes políticos de extrema izquierda. Hidalgo Solá se habría enterado de esto y con motivo de su viaje a Buenos Aires, habría informado al entonces Canciller, Vicealmirante Montes, hombre de las más absoluta confianza del Almirante Massera. Este habría informado a Massera, quien habría ordenado el secuestro y asesinato de Hidalgo Solá para impedir que revele estos graves hechos al Presidente de la Nación y a otros. Avala esta tesis el hecho de que poco tiempo después fue secuestrado y presuntamente asesinado el periodista Rodolfo Fernández Pondal, editor del semanario 'Última Clave', quien viajó a Caracas justamente cuando Hidalgo Solá había venido a Buenos Aires."

Me dijo: "Estoy cocinado"

TESTIMONIO DE UN AMIGO

Militante radical desde su juventud y periodista de profesión, Juan Carlos Fernández Perna fue un estrecho colaborador y amigo de Héctor Hidalgo Solá. Llegó quince minutos después de la hora fijada; la reticencia, previsible, no duró mucho. Lo que sigue es su testimonio:

"Conocí a Héctor en 1966. Balbín lo había llamado y le había entregado los fondos del partido, salvados de la expropiación ordenada por Onga-

nía. Se trataba de una valija, con dinero en efectivo. Años más tarde, cuando Lanusse levantó la veda, Hidalgo reintegró ese dinero... centuplicado: lo había hecho 'trabajar' en sus propias empresas. Así era, honesto y hábil.

"En noviembre de 1972, organiza un grupo, al que se integraron dirigentes radicales de la Capital. En la primera reunión, Hidalgo dijo que había llegado el momento 'de llegar a un acuerdo con Perón'. Estaba convencido de la necesidad de integrar un Movimiento Nacional que aglutinara a radicales y peronistas. De alguna manera, esto llegó a oídos de Perón, que lo convocó a su residencia de la calle Gaspar Campos.

"Héctor salió eufórico de la reunión: Perón acababa de ofrecerle la candidatura a la vicepresidencia en una fórmula de unidad nacional. Antes de ir a ver a Balbín para contarle la novedad, decidimos pasar por la casa de don Julián Sancerni Giménez.

"El viejo dirigente se mostró cauteloso: 'Vea, Hidalgo, Balbín siente un gran aprecio por usted, pero una cosa es el amigo y otra muy distinta el político. Mida bien, no vaya a ser cosa de que en el pensamiento de don Ricardo la fórmula sea Perón-Balbín. Primero consiga su aval. Perón lo quiere por radical y usted no le sirve sin el apoyo del partido'. La conversación con Balbín no fue feliz: 'Nunca puede el radicalismo ser fúrgon de cola...' Croo que en realidad estaba diciéndonos: 'Sólo yo puedo ser el candidato'.

"Pocos días después, Perón viajaba a Asunción, luego de arreglar con Hidalgo que se encontrarían nuevamente allí. Cuando teníamos los pasajes, nos llamó Julián Licastro para informarnos que el General suspendía la reunión.

Para esa fecha, Balbín ya había 'saltado el cerro' y protagonizado su histórico abrazo con su antiguo adversario. Así terminó el primer intento de Hidalgo Solá por conformar el Movimiento Nacional.

"En 1976, después del golpe de Perón, me llamó. 'Me acaban de ofrecer la embajada en Caracas', dijo. Esta vez Balbín lo había autorizado. En el almuerzo de despedida, en el Club Español, se reunieron los máximos representantes de las dos corrientes más importantes de la Capital, la gente de don Julián Sancerni y la de Pancho Rabanal.

"Meses más tarde, debí viajar a Caracas por asuntos de negocios. Allí me reencontré con Hidalgo. Me habló de las 'buenas intenciones' de Videla. El malo de la película era Massera: 'Ese hombre tiene todos sus cañones apuntados contra mí', dijo. Al recibirme en su despacho de la Embajada, me había

advertido que guardara silencio. Salimos a pasear por el parque. Hidalgo se detuvo junto a la piscina y abrió los grifos, unos sapos de bronce que echaban agua por la boca: 'En los sapos también hay micrófonos, como en mi despacho y en las oficinas del centro'. Estaba asustado.

"En mayo del '77, Hidalgo estaba en su escritorio cuando lo llamó Casildo Herrera. Lo atendió creyendo que lo llamaba desde cualquier lugar de Caracas... pero no advirtió que Casildo le hablaba desde el despacho de su propia secretaria, una venezolana que lo conocía de vista. Casildo había sido concurrente habitual de la Embajada durante las gestiones del coronel Damasacco y de Julio Amodeo. No tuvo más remedio que recibirlo. Algunas horas más tarde, me contó el episodio: 'Estoy cocinado. A estas horas ya tienen que estar cenando en Buenos Aires...'

"Dos horas después lo llamaba el vicealmirante Montes, el Canciller. Le ordenaba retornar a Buenos Aires. Entonces, Hidalgo telefonó a Videla y le relató su situación. 'Venga directamente de Ezeiza a la Casa de Gobierno', fue la respuesta. Así lo hizo. En Buenos Aires, el Presidente lo confirmó en el cargo. 'Ahora vaya a ver a Montes e informe mi decisión'. En el Palacio San Martín lo hicieron esperar casi tres horas. Sin preámbulos, Montes le pidió la renuncia. 'Lamento contradecirlo, Canciller, pero el general Videla acaba de ratificarme su confianza', le respondió Hidalgo. Pese a esto, el ministro le ordenó que permaneciera algunos días más en Buenos Aires. Entretanto, dijo Massera a Caracas. El Almirante no quería ser huésped de Hidalgo.

"Hidalgo se detuvo junto a la piscina y abrió los grifos, unos sapos de bronce que echaban agua por la boca: 'En los sapos también hay micrófonos', dijo."

"Al poco tiempo de retomar su destino en Venezuela, Hidalgo logró que Carlos Andrés Pérez invitara a Videla. Esto constituyó un éxito para él, que seguía creyendo posible una salida cívico-militar. Hacia el 5 de julio, hizo declaraciones a la agencia *France Press*, hablando de la apertura democrática y de sus deseos de ser Presidente. En esa misma fecha, yo retornaba a Buenos Aires. Unos días más tarde, lo haría Héctor. Quedamos en encontrarnos. Ya nunca volvería a verlo."

"Ególata y ampuloso"

ENTREVISTA A FEDERICO STORANI

Fue fundador de Franja Morada, la agrupación universitaria del radicalismo, y presidente de la Federación Universitaria Argentina. En 1977, a los 26 años, fue secretario nacional de la Junta Coordinadora de la Juventud Radical y miembro de la corriente interna Renovación y Cambio liderada por Raúl Alfonsín. Hoy, Federico Storani es diputado

nacional, peina algunas canas, y dirige un importante sector interno de la Unión Cívica Radical (UCR) situado a la izquierda del alfonsinismo. Recibió a *DyC* en su despacho ubicado en el edificio "Anexo" de la Cámara de Diputados.

—Durante la dictadura militar Héctor Hidalgo Solá fue uno de los tres embajadores de extracción radical.

—¿Tres?

(Al escuchar el nombre de Tomás de Anchorena, en ese momento embajador en Francia, Storani asiente como expresando que ya lo sabía. En cambio, hace un gesto como buccando en su memoria cuando el cronista nombra a Francisco Blanco, representante argentino en el Vaticano durante el gobierno de Videla.)

—¿Cuál es su opinión de esta colaboración, digamos, patética?

—Me pareció muy mal. Se podían haber tomado medidas disciplinarias. Nosotros las pedíamos. Mucho más sabiendo que había radicales secuestrados, desaparecidos, presos y asesinados. Éramos totalmente frontales a cualquier colaboración con la dictadura militar. Y aunque Balbín siempre dijo que eran decisiones de tipo personal, en el caso de Hidalgo Solá nadie puede negar la vinculación. Además, Balbín nunca había salido del país, lo que se reivindicaba como un hecho positivo para un partido que se reclamaba nacional. Bueno, la primera vez que Balbín viajó al exterior es para asistir a un foro de partidos políticos que se realizaba en Venezuela, donde ya era embajador Hidalgo Solá.

—Por entonces se hablaba del "cuarto hombre" o, también, de la posible formación de un gabinete cívico-militar. Muchos políticos diferenciaban, también, alas democráticas en el gobierno militar.

—Recordemos que Balbín decía que Videla era un gran general democrático. Hasta para el Partido Comunista, Videla era la cara buena de la dictadura. En ese momento, para la dirección del radicalismo, el objetivo era buscar caminos que hicieran menos rígida la dictadura militar.

—La UCR se jugó a conformar ese gabinete?

—Como partido no. Nunca la UCR se juntó para acordarlo. Sí hubo, y no se puede negar, contactos personales. En el caso de Hidalgo Solá, su aspiración era la de recostarse en un sector de las Fuerzas Armadas para ir monitoreando una apertura que lo tuviera a él como salida. Ser la herencia civil del gobierno militar. Y en ello ponía mucho de su ambición personal.

—¿A qué se refiere con "ambición personal"?

—A que Hidalgo Solá le caía un condimento altamente personal a este acuerdo. Era vanidoso, ególatra, ampuloso.

—¿Recuerda algún hecho que lo retratará así?

—No en especial. Pero a las reuniones de Convención Nacional o a los Plenarios iba muy

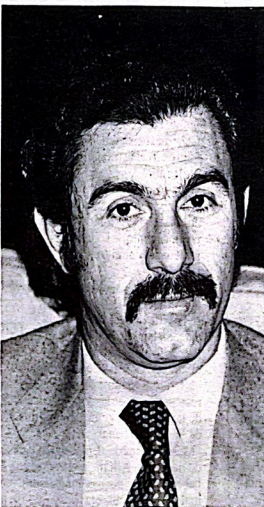
bien vestido; saludaba y abrazaba a todos, a diestra y siniestra. A todo lo que hacía le daba un rasgo personal, ostentoso. Por ejemplo, el periódico que editaba su corriente interna, parecía hecho y escrito todo por él. Era un tipo económicamente bien, digamos "servido", por lo que estaba buscando la otra sensualidad, la que da el poder. El lidera- go que tanto seduce, y eso él no lo disimulaba para nada. Le fue mal.

—¿Qué posición tenía Alfonsín con respecto a la "apertura" que encarnaba Hidalgo Solá?

—Alfonsín no participaba de esa salida. Aunque por vía de Hidalgo Solá canalizábamos pedidos de derechos humanos. El presidente de Venezuela era Carlos Andrés Pérez y recordemos que cuando la visita de Videla a ese país se hizo un reclamo público por la liberación de Solari Irigoyen. En realidad, para la dictadura, avanzar en la apertura implicaba hacer concesiones.

—¿Qué interpretación hace de la desaparición de Hidalgo Solá?

—Que el proyecto que lideraba Hidalgo Solá era antagónico con el que encarnaba el almirante Massera. Fue una eliminación de competencia y, al mismo tiempo, un ajuste de cuentas en un momento del país en el que imperaba el código de la violencia y las patotas.



"Hidalgo buscaba la sensualidad del poder."



El "contacto" entre Videla e Hidalgo Solá.

El desencuentro

Rodolfo Jorge Fernández Ponder, cuyo verdadero nombre era Rodolfo Fernández Fernández, tenía 29 años en el momento de su desaparición. A pesar de que dirigía el semanario *Última Clave*, en el gremio periodístico más que un colega se lo consideraba un hombre ligado a la inteligencia del Ejército (un libro publicado sobre periodistas desaparecidos no lo incluye en sus listados). La revista, de pocas páginas y reducida circulación, respondía a la política de esa fuerza.

En 1977, Fernández Ponder había viajado a Venezuela como integrante de la comitiva del presidente Jorge Rafael Videla. La visita había sido preparada por Hidalgo Solá y, según los dichos del mismo Videla, fue una de las que más rédito produjo entre todos sus viajes al exterior. En esa oportunidad, Videla designó como "contacto" a Fernández Ponder. Según versiones aparecidas en la prensa venezolana, Fernández Ponder investigó las denuncias sobre operaciones ilegales de comandos de la ESMA que pretendían asesinar a Hidalgo Solá en Caracas.

Hidalgo Solá y Rodolfo Fernández Ponder se desencuentran en el aeropuerto de Ezeiza el 11 de julio de 1977. Ese día, Fernández Ponder tomó un vuelo hacia Caracas pocas horas antes de que Hidalgo Solá llegara desde el mismo lugar. Rubén Cáccamo, un periodista del diario Clarín que había acompañado a Fernández Ponder hasta el Aeropuerto, anunció al embajador que el encuentro con Fernández Ponder no tendría lugar. Hidalgo Solá se mostró contrariado. La reunión entre ambos ya nunca se produciría.

A las 0.30 del 5 de agosto, cerca de Carlos Pellegrini al 1.300, en la Capital Federal, Fernández Ponder notó que un automóvil Taunus amarillo coupé lo venía siguiéndolo desde hacía unos 15 minutos. Asustado, decidió descender del vehículo en que viajaba para refugiarse en el departamento de un amigo. En ese momento, fue encañonado y obligado a subir al Taunus. Nunca más se supo de él. El padre, Rodolfo Fernández, aseguró que el SIN (Servicio de Información Naval) tenía en servicio ocho automóviles similares al utilizado. "Fue secuestrado porque tenía información", dijo.

"Massera quiso comprar mi silencio"

ENTREVISTA A JORGE VANOSI

Compañero de militancia de Héctor Hidalgo Solá en la Unión Cívica Radical, el doctor Jorge Vanossi asistió, después del secuestro, a la mujer y a los hijos de quien fuera su interlocutor en largas charlas sobre la creación de "algo nuevo" en el radicalismo que permitiera superar a "los viejos caudillos". En su despacho de la vicepresidencia segunda de la Cámara

de Diputados, Vanossi recuerda haber defendido durante la dictadura a más de 80 personas condenadas por tribunales militares.

"La cosa era muy dura —dice—. Después del primer *habeas corpus* por Hidalgo Solá, presentado en el juzgado a cargo del doctor Marquardt, que adhería a la línea dura del Proceso, su secretario, de apellido Saint Jean, me llamó por teléfono para que lo ratificase. El escrito era muy enérgico, no podía creer que nos animásemos a presentarlo".

El abogado no tardó en sufrir represalias. Una mañana, a las 11.30, 15 minutos después de que él saliera de su estudio de la calle Lavalle 1.634 rumbo al Aeroparque, un grupo de hombres vestidos de civil ingresó a la oficina y redujo a su mujer, en ese entonces su socia. Los desconocidos se dirigieron sin titubear al que había sido su despacho hasta hacía unos días. Allí, durante media hora, revisaron las carpetas que contenían documentación del caso Hidalgo Solá. "Querían verificar qué información teníamos", afirma Vanossi. "Además, supongo que su intención era secuestrarme. Cuando mi esposa llamó al comando radioeléctrico, para hacer la denuncia, no le prestaron atención. No se preocupe, señora, se trata de una banda de asaltantes de escrituras", le dijeron para tranquilizarla. Ningún policía acudió a las oficinas para investigar los hechos". Para protegerse, el abogado y su mujer viajaron a Viena, donde permanecieron 45 días.

"El Proceso no disolvió los partidos como había hecho Onganía", señala el diputado. "Tenía la

intención de demostrar, mediante el nombramiento de embajadores políticos, que no tenía nada en contra de las agrupaciones legales. Así se explica el nombramiento de Hidalgo Solá y de otros funcionarios que no eran de carrera en el servicio exterior. Evidentemente, la decisión no fue personal de Hidalgo Solá, debe haber aceptado con la anuencia de Balbín, aunque no me consta".

Vanossi no se arriesga a acusar del secuestro a una fuerza en particular. Sin embargo, admite que "hubo llamados anónimos y papeles que insistentemente tendían a incriminar al Ejército. Por eso aventuro la hipótesis de que no se trataba de una acción de esa fuerza y que la Marina intentaba estructurar una coartada".

"Massera tomó las declaraciones de Hidalgo Solá sobre sus ambiciones presidenciales en Venezuela como una virtual declaración de guerra", opina, aunque cree que pueden haber existido otras razones para el secuestro del embajador. "Hay quienes dicen que su presencia en Venezuela estorbaba la concreción de un negocio petrolero en el que participaban Licio Gelli, Massera y otros integrantes de la P2. Es llamativo que después de la desaparición de Hidalgo, desde la Cancillería, dominada por la Marina, se nombrara como reemplazante a Federico Bartfeld, miembro de la logia".

El diputado describe a Hidalgo Solá, como "un tipo íntegro, rápido, muy avisado. Era profundamente democrático. Tenía excelentes relaciones con Carlos Andrés Pérez. Durante su estadía en Venezuela, pese a que nos comunicábamos poco, le facilité una lista de contactos (abogados y juristas de ese país) que enviaba a la embajada. Sin excepción, recibí cartas muy elogiosas sobre él de esa gente".

Vanossi cita un dato macabro. Al formar Massera su Partido por la Democracia Social, le envió dos emisarios, dos "pesos pesados" para ofrecerle nada menos que integrar la Corte Suprema. Esto se repitió cuando poco antes de las elecciones —Massera ya estaba detenido—, volvió a recibir una oferta idéntica. "El almirante tiene excelentes relaciones con la señora de Perón y, si gana el justicialismo, estará en condiciones de proponer su nombre", le explicó el delegado. "Eso me aterrizó", dice Vanossi. "Pienso que Massera creía que yo sabía algo gordo de él y quería comprar mi silencio".

Con respecto al destino final de Hidalgo Solá, Vanossi no puede dar precisiones. "Llegamos a sobrevolar una zona de la Patagonia, porque un chileno declaró que lo había visto en un campo de concentración en el Alto Valle, en un criadero de perros que resultó ser propiedad de un informante del Ejército. Pero nunca pudimos confirmar nada —dice—. Y el cadáver, jamás apareció".

DELITOS Y FACTOS
INVESTIGACIÓN



Delia García Rueda en el juicio a las Juntas.

"Confiamos en Videla y nos decepcionó."

En julio de 1985, Delia García Rueda de Hidalgo Solá declaró ante la Cámara Federal durante el juicio a los ex comandantes. "Desde que arribamos a la embajada —refirió a los jueces—, comenzaron las interferencias de la Cancillería, en ese entonces controlada por la Marina. Nunca las conocí en detalle, pero sé que irritaban mucho a mi marido".

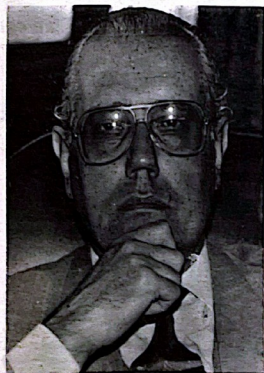
La señora de Hidalgo Solá recordó que Raquel Hartridge, la esposa de Videla, le había manifestado preocupación "acerca de la seguridad de su marido [de Videla] respecto de Massera. Fue tajantemente así. No tengo pruebas, pero la enemistad entre Videla y Massera existía".

La mujer narró a los jueces las gestiones que ella y sus hijos realizaron para esclarecer su secuestro. "Nosotros decidimos confiar en quien entonces creíamos que podía hacer lo máximo por mi marido y dos días después, hablamos con Videla. Fue una entrevista emotiva, y prometió ayudarnos".

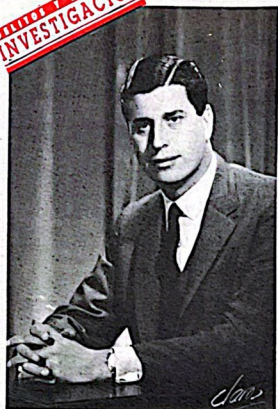
La ineficacia del Gobierno para resolver el caso motivó que la familia decidiera comenzar a publicar una serie de solicitudes para reclamar una investigación seria. Esto provocó el deterioro de las relaciones con Videla, quien en los encuentros sucesivos se mostró "preocupado por otras cosas" y pesimista. "Había mucho de muertes, de desapariciones... como para imponernos que no debíamos guardar ninguna esperanza —recordó la mujer—. Fue una gran decepción, porque hasta ese momento confiábamos en él".

El general Roberto Viola recibió a la familia durante su gestión y le habló aunque lo negó en los cargos, de una "conjuración de silencio que impedía resolver el misterio". Bignone ni siquiera le concedió una entrevista. La llegada de la democracia no contribuyó a esclarecer las circunstancias del secuestro del embajador. El juez José Nicasio Dibur, que había estado encargado durante años de la causa, declaró en 1984 a la revista *Genie*: "Yo no sé si Hidalgo Solá ha muerto. No lo sé". Sin embargo, el matutino *Convicción*, de posiciones afines a las de la Marina, utilizaba en un titular, ya en 1983, el término "Viola" para referirse a la esposa de Hidalgo Solá.

La sentencia del juicio a los ex comandantes, donde declararon extensamente y ofrecieron pruebas Delia García Rueda y su hijo mayor Fernando, tampoco echó luz sobre el asunto. "El secuestro no está probado", fallaron los jueces. Para la Justicia, Hidalgo Solá sigue "desaparecido".



Vanossi: "Me mandó dos pesos pesados."



1965: Subsecretario de Economía del gobierno de Arturo Illia.



Con el Presidente. Contra las presiones de la Marina, Videla le ratificó su apoyo.



1977. Videla en Venezuela; un viaje exitoso gracias a la labor del Embajador.



Su mujer, sus hijos y la dirigencia radical en una misa al cumplirse un año de la desaparición.



Julio de 1977. Luego del secuestro, el Peugeot 504 rojo de Hidalgo apareció cerca de la ESMA.



En uno de sus viajes a Buenos Aires.

Los montoneros del Almirante

PRIMER PARTIDO
INVESTIGACIÓN

EL PROYECTO DE MASSERA

En "Selenio", como llamaban los miembros del Grupo de Tareas 332 al casino de oficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), las cosas empezaron a cambiar hacia fines de 1976. En el tercer piso, comenzó a estructurarse paulatinamente "La Pecera", una oficina con tabiques transparentes que se convertiría en una suerte de centro

de elaboración de políticas para el almirante Emilio Eduardo Massera, conocido como *Cero*, COARA (Comandante de la Armada Argentina) o simplemente *El Negro* por sus subordinados.

Los integrantes de ese centro no eran oficiales navales ni profesionales contratados para delinear una estrategia que condujese al marino al sillón de Rivadavia, sino militantes montoneros secuestrados, desaparecidos. Mano de obra intelectual esclava compuesta por "lo mejor de la juventud argentina", como solía definirlos el teniente "Mariano" Scheller, responsable del área de inteligencia de la ESMA.

El criterio para la selección, de entre los numerosos secuestrados, de los "privilegiados" que participarían de la experiencia y que obedecerían así ciertas prebendas (mejor vestimenta, alimentación y alojamiento, visitas familiares y sobre todo, la posibilidad de sobrevivir) respondía a las necesidades políticas o técnicas del aparato creado por el hombre clave de Massera en la represión, el capitán de corbeta Jorge Eduardo Acosta, conocido como *El Tigre*, *Santiago* o *Anibal*. El oficial, de 37 años, dirigía el Grupo de Tareas, esto es, determinaba los operativos de secuestro, conducía las sesiones de tortura, orientaba la explotación de las informaciones obtenidas y decidía los traslados (eufemismo usado en la ESMA para referirse a las ejecuciones de prisioneros).

Con su figura desgarrada y su parlato eléctrico, Acosta era dueño y señor de uno de los mayores centros de detención ilegal de la Argentina bajo el gobierno militar. Entendía perfectamente la ambición desmedida y la falta de escrúpulos de Massera y sabía que podía crecer a su lado. Su

detenidos. En principio, sólo se les ofrecía sumarse a un supuesto proceso de "recuperación", "Vamos a intentar hacerles comprender sus errores y prepararlos para que puedan reintegrarse a una vida normal", se les decía. Puestos a trabajar, los ex montoneros crearon un centro de información de gran utilidad para los planes del Almirante.

Poco después, funcionaba en La Pecera una oficina de prensa, encargada de analizar, clasificar, traducir y archivar información nacional y extranjera. Allí se redactaban artículos que se distribuían en medios nacionales y extranjeros afines a la Marina. Se disponía de teletipos, publicaciones y un servicio de escucha radial. Había una sección Política que generaba proyecciones coyunturales y estratégicas: de allí surgió la idea de que el Almirante se ocupara enfáticamente al plan económico de José Alfredo Martínez de Hoz, y de que introdujera cambios en la vestimenta y adoptara un estilo más informal.

En la Biblioteca, también organizada por los ex guerrilleros, se clasificaban los miles de libros obtenidos como botín en allanamientos. En el sótano, funcionaba una cuadrilla de mantenimiento, un laboratorio de producción de audiovisuales destinados a fortalecer la campaña de imagen argentina en el exterior, un laboratorio fotográfico, una oficina de producción de documentación falsa, una oficina de diagramación y una imprenta.

Al mismo tiempo, los oficiales de la ESMA —marinos y de otras fuerzas— seguían matando a los detenidos que no les interesaba incorporar al "proceso de recuperación". La secuencia más común seguía siendo secuestro-tortura-muerte.

Massera quería ser un nuevo Perón. Tenía admiración por el líder fallico y aspiraba a ocupar su lugar. Confiaba para esto en los consejos de los ex montoneros, en sus contactos con la socialdemocracia europea —en especial, alemana— y en su carisma gardeliano. Para lograr su objetivo, llegó a fundar el Partido por la Democracia Social, agrupación a la que debían sumarse sus buenos amigos en el peronismo, entre los que se contaban no solamente dirigentes políticos sino también sindicalistas.

Cuando, en septiembre de 1978, Cero pasó a retiro, la plana mayor de la ESMA fue trasladada. Algunos oficiales fueron destinados al exterior, otros a destinos distantes de la Capital. Pero ni Massera ni sus subordinados estaban dispuestos a ceder la estructura que tan trabajosamente habían



construido a su sucesor en el comando en jefe, el almirante Armando Lambruschini. Decidieron entonces desarmarla. Parte de los ex montoneros continuaron cumpliendo funciones en dependencias oficiales o empresas privadas controladas por Massera o por sus seguidores (Ministerio de Bienes Social y Relaciones Exteriores, diario *Convicción*, inmobiliarias donde se vendían las propiedades de los desaparecidos). A otros, se les permitió abandonar el país.

Los archivos de La Pecera se trasladaron transitoriamente a una suerte de anexo: la casa paterna del teniente Jorge Radice, quien había pedido la baja para convertirse en secretario privado del Almirante. Pese a los esfuerzos de los seguidores de Massera, lo que quedaba del aparato se fue desintegrando: el Partido por la Democracia Social no conseguía adherentes y los liberados, radicados en distintas ciudades de Europa, denunciaban a quienes los habían conducido a través de un peculiar "proceso de reintegración" en la sociedad. Mucho antes de la guerra por las Islas Malvinas, los desvaríos de Massera habían llegado a su fin.



Videla, Massera y Agosti: la Junta Militar estaba fracturada.

"Hay que neutralizar el plan político del Ejército", dijo. Con ese fin, Acosta utilizó la capacidad de los que hasta entonces había considerado sus "enemigos".

habilidad y su eficacia le permitieron ocupar un nivel de privilegio al lado del Almirante.

"Hay que neutralizar el plan político del Ejército", le oyeron decir un día en el Centro de Detención. Con ese fin, Acosta utilizó la capacidad de los que hasta entonces había considerado sus "enemigos". Pero los verdaderos objetivos de la experiencia no eran revelados al conjunto de los

"Era muy parecido"

EL CADAVER HALLADO EN MARCOS PAZ

Fue el 20 de julio de 1977. Hacía alrededor de cinco años que Ricardo Félix, comerciante de Marcos Paz, trabajaba *ad honorem* como perito fotógrafo policial. En esa oportunidad, el cadáver que debió fotografiar, pertenecía a un hombre de entre 1,75 y 1,80 metros de estatura, cabello oscuro, ondeado, con canas en las sienes y prolijo, que no llevaba más de dos días

sin afeitarse. Estaba bronceado —algo inusual en época invernal— y tenía marcas puniformes de color morado en los órganos genitales, típicos vestigios de la picaña eléctrica. Félix, que militaba en el justicialismo desde hacía más de 20 años y estaba familiarizado con los rostros de los principales dirigentes del país, reconoció a Héctor Manuel Hidalgo Solá. El perito guardó silencio entonces, pero conservó esa certeza.

Pocos días después de la aparición del "regalo", como llamaban al cuerpo los policías que lo encontraron, Félix fue visitado por dos hombres sin identificación que dijeron necesitar copias de las

placas. El fotógrafo pudo conservar los negativos. En 1984, cuando el juez de Mercedes Carlos Mahiques ordenó exhumaciones de cadáveres N. N. en su jurisdicción, Félix, recién electo concejal, declaró por primera vez ante la Justicia.

Por entonces, el fotógrafo Félix recibió la visita de nuevos desconocidos que le requirieron los negativos que había guardado. Félix les explicó que no recordaba, dónde los tenía. Pocos días después, la Policía allanó el comercio y el domicilio de Félix, de donde retiró gran cantidad de material fotográfico. Según consignó un medio de prensa, había allí unos catorce negativos del cadáver hallado años antes. Solamente cuatro fueron incorporados al Expediente.

El magistrado ordenó entonces que los restos fueran examinados por varios peritos médicos. Fueron cinco los consultados, entre ellos Héctor Melito, quien había sido traumatólogo de Hidalgo Solá.

Melito dijo que una lesión verificada en los restos podía corresponder a una fractura de rótula que había sufrido su paciente en octubre de 1962 cuyas características constaban en una radiografía. Los otros profesionales, Valdemar Dulevich, Marcos Eugenio Langan, Anselmo Torres y Angel Luis Vaccaro verificaron la validez de las observaciones de Melito y recomendaron un estudio histopatológico de los huesos. Los restos fueron enviados a la morgue judicial de Capital que, a su vez, los devolvió a Mercedes.

Meses después, los restos fueron examinados por un experto norteamericano, Clyde Snow, que había viajado a la Argentina para ayudar en la identificación de restos óseos de detenidos-desaparecidos. Semanas antes de la intervención

de Snow, se había recibido en el juzgado un informe de un dentista de Caracas, Héctor Cancino Sabagol, que había colocado a Hidalgo Solá una prótesis completa. El odontólogo certificaba que el embajador carecía de dientes.

Sin embargo —y aquí comienzan a aparecer elementos extraños— el individuo cuyo esqueleto llegó a manos de Snow sí tenía dentadura, aunque en pésimo estado, con lo cual resultaba más factible que se tratase de un indigente que de un diplomático. ¿Para qué, entonces, convocar a una autoridad en la materia si cualquiera hubiera podido determinar, después de leer el informe odontológico, que si el cadáver tenía dientes era imposible que perteneciese al embajador?

Snow certificó que los restos que le mostraron no eran los de Hidalgo Solá.

ANUNCIOS A LA PRENSA

El 20 de febrero de 1984, Juan Portesi, ministro de Gobierno de la provincia de Buenos Aires,

**Después de la aparición del "regalo",
como llamaban al cuerpo los policías que
lo encontraron, Félix fue visitado por dos
hombres sin identificación.**

anunció a la prensa: "Existe un 80% de posibilidades de que los restos humanos hallados en el cementerio de la localidad de Marcos Paz puedan corresponder al ex embajador argentino en Venezuela, Héctor Hidalgo Solá".

El juez federal José Nicasio Dibur, quien entendía en la causa abierta por la desaparición del dirigente radical, llegó entonces a Mercedes para entrevistarse con Carlos Mahiques. El magistrado a cargo del Juzgado Penal número 3, había ordenado la exhumación del cadáver y decretado el secreto de sumario. La prensa atribuyó el viaje de Dibur a que se barajaba la hipótesis de que Aníbal Gordon y su banda —en ese momento procesados en su jurisdicción— hubieran estado comprometidos en el secuestro del embajador.

Las expectativas de que por fin se hubiera dado con los restos de Hidalgo Solá eran altas. Las medidas antropométricas del desaparecido y del esqueleto exhumado eran similares. El diario *Clarín* señaló que las fotografías de 1977 habían sido "inexplicablemente tomadas al ras del cuerpo, por lo cual no pueden apreciarse con nitidez las facciones". En las fotos que no fueron agregadas al Expediente, tampoco se apreciaban las facciones?

Hoy, el juez Mahiques explica que se trataba de un individuo "muy parecido" al embajador. "Pero no era él —asegura— Se trató de una venganza, por una 'mejeaneada', de una banda de asaltantes". El tono bronceado, las marcas de picaña y las manos amputadas no parecen, sin embargo, avalar la afirmación del juez.

Actualmente, Ricardo Félix milita en las filas del Movimiento por la Dignidad y la Independencia (MODIN), liderado por Aldo Rico. Fue candidato a intendente de Marcos Paz en las últimas elecciones, en las que obtuvo el 12% de los votos. Todavía hoy sigue convencido de que el cadáver hallado en 1977 pertenecía al embajador, pero ya no tiene confianza en que alguien le crea.

res totales superior e inferior realizadas en arbolito
lente espejado que le que se conoce con el nombre de
se y Thuler a la de Myers. No puede dar una descripción
lute a esta "resaca".
junta a las "resaca se siente" a la respuesta que diría
a declaración anterior. "Resaca de la misma, crea,
la última consulta puede hacer tanto lugar hacia el
29 de abril de 1977, no pudiendo afirmar cuando fue
picaña. Se trata de este tipo de procedimientos general-
a no insume más de tres consultas y que la realización
a prótesis puede demandar una semana y media aproxima-
da.

reluyó el acto previa lectura y ratificación de su
parte del declarante, por lo que doy fe.
a en CARACAS los 12 días del mes de ABRIL del año
28 OCHENTA Y CUATRO.

! "precisión" "resaca" y "resaca" WALE.

Héctor Cancino Sabagol
Doctor Héctor CÁNICO SABAGOL
C.I. Venezolana Nro. 6-240-322

Ministro Marcelo F. GILBERTO FURIA
Encargado de Negocios n. 1.

Informes y peritajes justificaban cierto optimismo.
"Un 80%", según el ministro Portesi

PROVINCIA DE BUENOS AIRES
PODER JUDICIAL

En la audiencia del día de la fecha 17 de febrero de 1984,
comparecieron ante S.S. los señores médicos Drs. Valdemar Du-
levich, Marcos Eugenio Langan, Angel Luis Vaccaro, Anselmo To-
rres, y el Dr. Héctor Julio Melito, quien acredita su identi-
ficación con cédula expedida por la Policía Federal n.º 2.867.797
casado, médico, domiciliado en la Avenida Santa Fé 2879,

Excusas y reticencia

Una cronista de DyC consultó a los médicos que habían examinado el esqueleto antes de que llegase a manos de Snow y que habían presumido, de acuerdo a los indicios, que podía tratarse de los huesos del embajador secuestrado. El resultado fue el siguiente:

- El doctor Héctor Melito, traumatólogo de Hidalgo Solá, se mostró dispuesto a conversar, pero pidió que se lo llamase dos días más tarde porque "tenía muchos pacientes". Cuando la cronista volvió a telefonarlo, la secretaria de Melito dijo que éste había salido de viaje. Sin embargo, se encontraba en la ciudad: por lo menos tres pacientes se atendieron ese día con el traumatólogo "ausente".
- La esposa de Marcos Langan, uno de los forenses que había participado en el peritaje, se mostró entusiasmada. Dijo que su marido no estaba en ese momento, pero que cuando regresara estaría "encantado" de recibir a nuestra cronista en su casa y "contarle todo lo que supiera". Cuando volvió a llamar, la periodista recibió del hijo de Langan la respuesta de que su padre "estaba en un congreso médico en Buenos Aires" y que no sabía cuándo regresaría. Revisados los registros de todos los congresos que se realizaban esa semana en la Capital, se comprobó que Langan no figuraba en ninguno.
- El doctor Anselmo Torres dijo que era el único que tenía un archivo completo sobre el caso. Pero puso, para hablar, una singular condición: que se realizase una única reunión de todos los forenses "para que no hubiera contradicciones". Ante la objeción de la cronista —la distancia entre los domicilios de los profesionales es de muchos kilómetros—, Torres se ofreció para organizar él mismo el encuentro. Días más tarde, durante otro llamado telefónico, su actitud fue distinta. Alegó que la revista tergiversaría sus dichos y se negó a poner a disposición de la cronista su archivo ya que se trataba, según dijo, de "información seria".
- La hija del doctor Valdemar Dulevich, Deborah, se domicilia en Buenos Aires. El primer contacto fue auspicioso. Habló de la afición de su padre por la escritura y por las charlas con el periodismo y ofreció su número telefónico con Mercedes que, aclaró, lamentablemente no funcionaba. La segunda llamada tuvo un resultado sorprendente. "Aquí no vive ninguna Deborah Dulevich", fue la respuesta.
- Similar fue la actitud de Luis Angel Vaccaro. "No sé si tengo el Informe", dijo antes de hacerse inabordable.

Ante la requisitoria de DyC, Melito se toma unas imprevistas vacaciones sin abandonar su consultorio, Langan viaja a un congreso médico inexistente, Torres se muestra enojado y reticente de manera súbita, Dulevich y su hija se evaporan, Vaccaro no recuerda. Según parece, la pregunta los pone en dificultades.

El Sheriff y el Comisario

EL ÚLTIMO PERITAJE

Nacido en Fort Worth, Texas, Clyde Snow tenía entonces algo más de 55 años y una profesión poco común: antropólogo forense, esto es, quien examina restos óseos e intenta determinar a quién pertenecen. Estaba en la Argentina para colaborar en la identificación de los restos de las víctimas de la represión ilegal. Snow tenía una larguísima trayectoria:

había participado como consultor independiente en más de 1.500 casos, entre los que había restos de víctimas de accidentes aéreos y de crímenes de todo tipo; no tenía experiencia, no obstante, en casos vinculados con violaciones de los derechos humanos. Su presencia fue solicitada en Mercedes para establecer si un esqueleto exhumado en Marcos Paz pertenecía a Hidalgo Solá.

Lo recibió el jefe de la Subdelegación Mercedes de la Policía Federal, el subcomisario Carlos Albano Lorenzatti, un personaje tan singular como Snow, aunque por otras razones. El policía, ex custodio de Ricardo Balbín y propuesto como jefe de seguridad de la Presidencia de la Nación al asumir Alfonsín, era sospechoso de haber participado en la represión ilegal. Durante sus charlas con el antropólogo, le confió que había participado en operativos antisubversivos, pero que renegaba de los "métodos sucios" usados por los militares.

El norteamericano, recién llegado al país, simpatizó con su interlocutor y lo creyó sincero. Tuvieron largas charlas sobre caza, una afición que los unía, y hasta planificaron excursiones. Morris Tidball Binz, un estudiante argentino que acompañaba a Snow, le advirtió que desconfiara de Lorenzatti, pero el antropólogo desestimó estos consejos. "Tienes demasiados prejuicios, Morris", le dijo. La relación entre los dos hombres resultó tan fluida que Snow obsequió a Lorenzatti una estrella de sheriff que había usado como identificación en misiones oficiales. El policía, encantado, la colgó en su despacho.

Los restos que examinó Snow no pertenecían al embajador secuestrado en 1977. Se trataba de una



Clyde Snow vino a la Argentina para examinar restos óseos hallados en tumbas sin nombre.

persona de diferente estatura, era contextura física y que tenía los dientes en muy mal estado. Ahora bien, un informe odontológico llegado al juzgado desde Venezuela establecía que el dirigente radical era edéntulo, es decir, que carecía de dientes. ¿Era necesaria la presencia de Snow para comprobar una cosa tan obvia? ¿Por qué los cinco peritos que habían examinado los restos no prestaron atención a una característica tan evidente? A estos interrogantes, Clyde Snow dio una respuesta sencilla: "En la Argentina —dijo—, suceden cosas disparatadas".

LORENZATTI, DESPUES

En 1987, Lorenzatti fue acusado por un subordinado, Roberto Buletti, de ser "inspirador y planificador" de los secuestros extorsivos y asesinatos de los empresarios Eduardo Oxenford, Benjamín Neumann y Osvaldo Sivak. El policía estuvo preso por el último crimen y su liberación provocó cierto revuelo en los pasillos de los Tribunales ya que, luego de solicitar el sobreseimiento parcial y provisional del acusado, los fiscales Aníbal Barrera y Mariano Ciarfardini afirmaron tener la "intima convicción" de que el subcomisario era culpable y lamentaron carecer de pruebas para acusarlo. Buletti se había rectificado. Además, Enrique Vanoli, ex secretario de Ricardo Balbín y entonces diputado radical, había organizado una colecta para pagar a un abogado de nota y realizado una campaña en radios y revistas para hablar de la inocencia de su "amigo Lorenzatti" y de la equivocación del juez federal Martín Irujo, que había dictado su prisión preventiva. Vanoli había alegado que "mucha gente del partido radical tenía una deuda de gratitud" con el hombre de la Federal.



A partir del estudio de los huesos, la antropología forense intenta establecer la identidad.

EL PROYECTO DE MASSERA

L

a pretensión explícita de los golpistas de 1976 era hacer un corte definitivo con el pasado; era necesario, decían, "reorganizar" el país, combatir a la guerrilla y educar a los civiles para que surgiera una nueva clase política, libre de corrupción, lo que era equivalente a decir, dadas las circunstancias, libre de peronismo. Para demostrar en los hechos la seriedad de las intenciones, el ex general Videla anunció que, por su propia decisión y la de la Junta Militar, su mandato iba a durar cuatro años. De esta manera, se afirmaba, se evitarían los riesgos del personalismo y se daría lugar

a la expresión de la ciudadanía "sana", la mejor, la integrada, digamos, por las personas que nunca se habían quedado con un vultro ni se habían atrevido jamás a interrumpir a alguien para decirle "usted se equivoca, eso no es verdad".

Conviene detenerse en el vicio inicial del discurso político

de los militares "democráticos", esto es, en el hecho de que, al tiempo que adherían al ideal de una sociedad abierta mataban gente "por izquierda" y con métodos repugnantes. En realidad, se trataba de un discurso dirigido a personas capaces de "entender", de "captar el mensaje" sin incomodar, sin preguntar, que exigía un interlocutor que ni siquiera importunara a la mujer para contarle sus dudas (esas mujeres, claro, también "comprenden", a menudo más rápido que sus hombres, y a veces son ellas las que imponen los ademanes del silencio). Lo que proponían, entonces, los militares "democráticos" era un pacto, una

complicidad que, a pesar de su aparente extravagancia, fue aceptada por el radicalismo, el desarrollismo y el socialismo de Ghioldi, y tolerada, en beneficio de los intereses económicos de la aún existente Unión Soviética, por el Partido Comunista. Intelectuales y artistas, algunos muy notables, también se acomodaron, se sintieron cómodos, "hay que matar a los indios", pensarían. (Decían algunos que se trataba de un mal menor, que había gente que además de matar prisioneros disfrutaba en el momento de hacerlo).

Es improbable que los líderes del Ejército hayan previsto que el conflicto que querían dar por terminado fuera a instalarse en el seno mismo de la Junta Militar, donde se expresaría de manera acorde con las nuevas reglas de juego, más brutales,

por cierto, que las que imperaban antes del golpe. Esta novedad tampoco estuvo en los cálculos de Hidalgo Solá, cuyo secuestro y asesinato —así se lo debería describir, sin la palabra "presumible"— puso de manifiesto que la realidad social que se quería suprimir de manera aberrante había encontrado una forma de expresión también aberrante.

El ex almirante Massera, *El Negro*, atraído por la sensualidad del calor popular, se dio cuenta que la debilidad de los "democráticos" estaba en marginar al peronismo y a los sindicalistas —un partido aparte—; advirtió que estos sectores quedaban disponibles para construir una alternativa de poder a la encabezada por Videla. Poco importan los motivos personales de Massera, de nada sirve establecer sus intenciones más profundas (sin demasiado provecho, se han debatido las de Perón durante decenios). Lo cierto es que el ex almirante se propuso a sí mismo como la expresión de los marginados por los "democráticos" y, si bien no consiguió el triunfo, su activismo fue suficiente para perturbar seriamente, acaso arruinar, los planes del adversario. O del verdadero enemigo, ya que a la "subversión", a los Montoneros más precisamente, Massera intentó sumarlos a su proyecto.

Hoy, a la luz de los acontecimientos posteriores —nacionales y mundiales—, es fácil recordar a los Montoneros como a una banda de engreídos, tan señores de la verdad que se permitían matar gente con la suficiencia de quien ayuda a cruzar la calle a un ciego: esa efervescencia en sordina propia de todo *boy-scout*. Pero entonces la impresión era otra, la lucha podía parecer legítima. Massera los usó, a los que tenía secuestrados y a los otros, no sólo porque los tenía a mano sino porque los admiraba, porque los consideraba capaces de ayudarlo a forjar su camino hacia la cumbre del Poder y de la Historia. ¿Qué mejor para un "nuevo Perón" que los cerebros de la "juventud maravillosa" que había hecho posible el retorno del otro, del verdadero Perón, en 1973? Usados por el gran caudillo y protagonistas de la tragedia de los años '70, los detenidos en la ESMA —amenazados, es cierto, pero todavía seguros de poder indicar el lugar exacto por el que pasaba el meridiano del porvenir— terminaron mezclados con los entusiasmos del nuevo aspirante. (Dicen que afuera, en París, los jefes, esclavos tan sólo de sus propios convencimientos, también arreglaron con El Negro para llegar a festejar juntos los goles del Mundial). Y como había sucedido antes con el caudillo verdadero, los "muchachos" no fueron más que la vanguardia de un grupo numeroso de dirigentes "nacionales" que apostaron al líder de la Democracia Social.

Se hacen especulaciones acerca de por qué Videla no reaccionó como era de esperar ante el secuestro de Hidalgo Solá. Se habla de compromisos contraídos para poner en mar-

El secuestro de Hidalgo Solá puso de manifiesto que la realidad social que se quería suprimir de manera aberrante había encontrado una forma de expresión también aberrante.

POR M. COHEN SALAMA



cha la represión ilegal, de intereses económicos, de chantajes de todo tipo y hasta de una supuesta traición de Hidalgo. Sin perjuicio de que algo de esto haya existido —o todo, la historia de la Argentina es una fuente inagotable de sorpresas—, resulta más sencillo admitir que el ex almirante encarnaba una alternativa de poder que tenía una base social y una expresión histórica —el peronismo— que durante algunos meses encontró en él a su vocero más calificado. Meterse con Massera, en consecuencia, no era una cuestión de "fierros". Es cierto que, vista desde hoy, la serie Rosas-Triguerío-Perón-Massera resulta chocante. En 1991, el prestigio de los tres ganadores se empaña si se los evoca junto a un perdedor.

VICTIMA DE UN SISTEMA

E

l secuestro en la Argentina del entonces embajador en Venezuela, Héctor Hidalgo Solá, es uno de los testimonios del modo y formas asumidas por los mecanismos de represión ilegal institucionalizados durante la dictadura militar y por decisión expresa de la entonces junta militar que ejercía la titularidad del poder del Estado. Designado embajador en Venezuela por el ex teniente general Videla, Héctor Hidalgo Solá era un dirigente radical estrechamente vinculado a Ricardo Balbín. Asumió el cargo a poco del

golpe militar de marzo de 1976, en un intento frustrado de explicar en el exterior las necesidades represivas y el hipotético proyecto democrático del poder militar.

Pero Hidalgo Solá tenía, además, un proyecto político propio. En realidad, el embajador aspiraba a ser un eventual "hombre de transición" en un proceso acordado con las Fuerzas Armadas. Esta ambición lo colocó en el centro de un conflicto: el enfrentamiento entre Videla y Massera. Hidalgo no supo leer la escasa voluntad de los militares de la época de abandonar el poder.

Según se ha podido reconstruir, Hidalgo Solá se había convertido en un fuerte crítico de algunas gestiones políticas encabezadas por el miembro de la junta militar, ex almirante Emilio Massera y, al mismo tiempo, hacía una propaganda definida en su propio favor como candidato transicional para una presidencia acordada.

El Embajador sin duda pensaba que se encontraba a salvo de extraños procedimientos, pues su actividad se desarrollaba fuera del país y sus declaraciones públicas, que podían ser conflictivas en la Argentina, eran hechas en Venezuela. Vana esperanza. Sobre él estaban puestos los ojos de sus enemigos dentro del sistema, poco proclives a actuar dentro de la lógica que guiaba los pasos — bastante ingenuos, por cierto — del Embajador.

Llamado en consulta por el Gobierno, Hidalgo Solá volvió de Caracas a Buenos Aires. Algunos amigos le hicieron saber en la capital venezolana que corría peligro si retornaba al país. Los rumores de un "enjojo" de Massera eran moneda común en las conversaciones portafías. Sin embargo, Hidalgo Solá resolvió retornar.

Poco después de su llegada, mientras se trasladaba al centro, fue interceptado sobre Avenida del Libertador. Desde entonces, su suerte fue motivo de conjeturas, investigación, críticas y dolor familiar.

Circunstancias muy posteriores permitieron reconstruir parte de los hechos. La operación había sido pergeñada por un grupo de tareas de la Marina que, disponiendo de la denominada "área libre", pudo volatilizarse al embajador argentino en Venezuela sin más ni más y sin rendir cuentas a nadie. La desaparición de Hidalgo Solá es el testimonio del sistema operacional puesto en marcha por la dictadura y conocido como la represión ilegal. En efecto, cuando se pedía "área libre" no intervenía ninguna fuerza de seguridad en el operativo en marcha y era posible cualquier procedimiento sin control. Los grupos de tareas tenían dependencias operativas de jefes de cuerpo o de los propios comandantes, pero no respondían a ciertas reglas de la cadena de mandos. Los secuestrados — "chupados", en la jerga de la época — no eran llevados a un lugar de detención bajo control de autoridades responsables, así como tampoco el hecho y sus participantes tomaban estado público. Por el contrario, su traslado era secreto, el lugar de detención — "chupaderos" como los llamaban ellos, "centros clandestinos de detención" como los calificaron los organismos de derechos humanos — tampoco era público y nadie sabía quién se encontraba allí alojado. El destino de los secuestrados era incierto. Dependía de la voluntad de un jefe, que ejercía su poder con arbitrariedad. Muchas veces, los detenidos llegaban a la muerte entre torturas o en un "traslado" decidido por esa arbitraria voluntad. Las listas de secuestrados eran desconocidas. El tiempo que vivían o la forma de su muerte quedó casi siempre en el misterio.

Esta característica de clandestinidad que guió al régimen militar como norma fue el principal impedimento para conocer la suerte del embajador argentino en Venezuela. Pero hay cosas que son evidentes: no se puede alegar que su secuestro haya sido motivado por la participación de Hidalgo Solá en alguna acción de organizaciones "subversivas". Era impensable que el representante del gobierno militar en el exterior tuviera otra actitud que no fuera la de ser participe de los intereses que expresaba como embajador.

No. La verdad que finalmente se abrió paso es que Hidalgo Solá fue la víctima del conflicto entre Massera y Videla. Su secuestro y desaparición demostraron que el poder clandestino montado en el marco de la represión ilegal, el secreto de los procedimientos y la arbitrariedad, estaba también al servicio de la lucha de facciones y que ese tremendo poder puesto en

Pensaba que se encontraba a salvo. Pero sus enemigos no estaban dispuestos a actuar dentro de la lógica que guiaba los pasos — bastante ingenuos, por cierto — del Embajador.

por SIMON LAZARA*



* Diputado nacional, Vicepresidente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

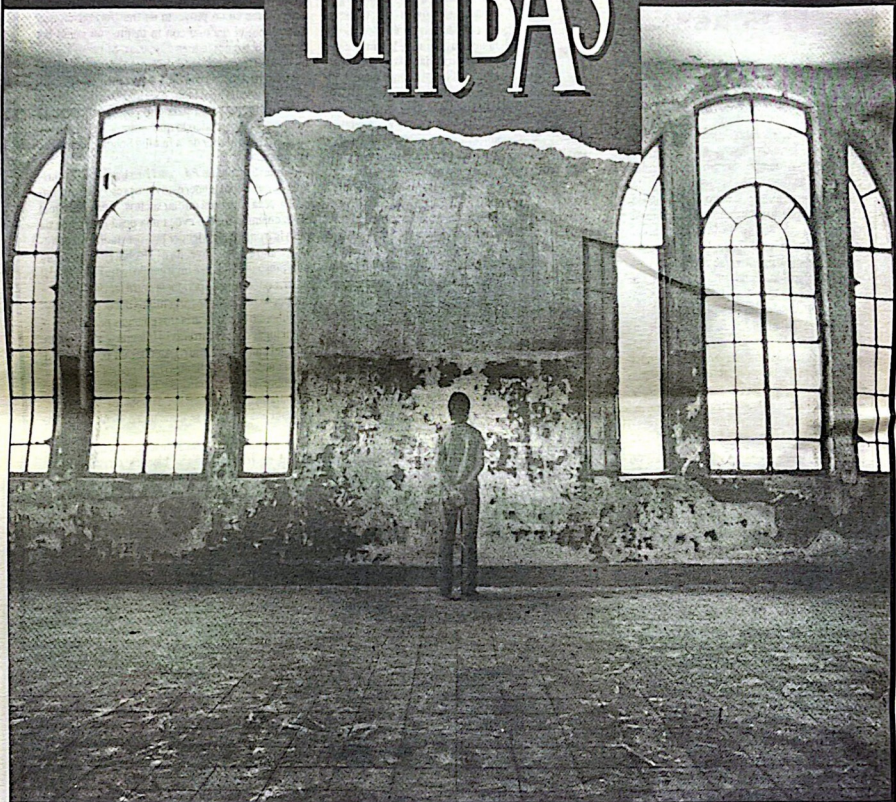
juego para intereses personales era tan horroroso y desnudaba los mismos dramas que cualquier otro de los miles de casos que enlutaron a la Argentina de la dictadura militar.

El Embajador fue víctima de los mismos engranajes que pensó poder usufructuar. Ya había percibido, gracias a las advertencias y a su perspicacia que lo habían puesto en la mira. Ni el estrecho vínculo que mantenía con Balbín, en quien había buscado la autorización para aceptar el cargo, ni el apoyo de Videla lograron desviar la tragedia. Fue verdaderamente un exceso de confianza por parte de Hidalgo Solá pensar que podía caminar al borde del abismo y salir ganancioso — o por lo menos indemne — de ese duelo sin cuartel entre los hombres fuertes de la dictadura.

NORMA
ALEANDRO

Las Tumbas

FEDERICO
LUPPI



Un film de JAVIER TORRE

Seleccionada por el Festival Internacional de San Sebastián

Convencidos de que no podían haber actuado de otra manera, los criminales de guerra expresan desconcierto cuando la opinión pública los condena o cuando un grupo vinculado a las víctimas intenta perseguirlos. En algo tienen razón. El contexto en el que se produjeron los hechos fue tan excepcional que resulta inconcebible. Quizás el beneficio de perseguir a estos hombres consiste, más que en castigar una falta que nadie puede medir, en alertar a la sociedad acerca de los peligros de ciertas lógicas políticas: en determinadas condiciones, un afeminado mediocre puede transformarse en un asesino de antología. En consecuencia, después de los nazis, nada debería tomarse con ligereza. Sin embargo, la estupidez parece estar enraizada en la especie para siempre.

ADOLF EICHMANN EL ASESINO MÁS EFICIENTE

POR LUIS SALINAS

Adolf Eichmann nació en Solingen, Alemania, el 19 de marzo de 1906; se crió en Linz, Austria, donde su padre era inspector de tranvías. No tuvo una infancia feliz: era poco popular en la escuela debido a su falta de habilidad deportiva y a su inteligencia mediocre. Era esmirriado y moreno, ideal para "punto" del grado, y en algún momento las bromas, pesadas pero dispersas, se unificaron en una sola: Adolf era judío. El pequeño burlado recalaba la gafa de su apellido. Los burladores respondían que una "n" de más no era suficiente para cambiarle la cara. Ser judío en Europa central y en las primeras décadas del siglo era portar una maldición terrible: físicamente similar a cualquier prójimo, uno sabía que para los demás, su sangre era más despreciable que la de un sifilítico. Los líderes de la clase corrían a Adolf por los claustros al grito de "Matador de Cristo!". Iba a ser una gigantesca, macabra broma histórica, pero sus alegres autores no tenían modo de saberlo.

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Adolf no había cumplido todavía los 40. Era Teniente Coronel. El grado no es ningún récord tratándose de tiempo bélico, pero sí lo es haber participado directamente en la muerte de seis millones de personas sin haber estado ni un solo día en el frente de batalla.

Si toda una vida pudiera explicarse a partir de un breve manojito de circunstancias, el primero de los rasgos sobre el que reposaría la de Adolf sería, probablemente, el haberse creído judío. No que los demás lo creyeran así y se lo dijeran —al fin y al cabo, cosas parecidas ocurrirían con el mismo Hitler y con Martin Borman, entre otros notables del Nacional-socialismo Alemán— sino haberlo creído el mismo, haber sufrido una profunda identificación con el enemigo-víctima. Una de las especies comunes sobre su vida (al menos como Eichmann fue famoso a nivel mundial) lo daba por nacido en una colonia alemana de Palestina. Es un dato falso, pero no deja de ser curioso que el propalador haya sido el mismo interesado.

CHAPURREANDO EL HEBREO

Eichmann estuvo en Palestina por lo menos tres veces en su vida, quizá cuatro. La primera de ellas a los 19

años y por motivos comerciales, como empleado de una petrolera. Siempre se dudará sobre la segunda, de la que no hay pruebas, y que es la más significativa: Adolf parece haber vuelto por simples ansias de perfeccionamiento en la cultura mosaica. La tercera fue cuando ya era SS y trabajaba desde tiempo atrás en la sección de cuestiones judías de la oficina de seguridad del Reich, muy pocos años antes del inicio de la guerra. El futuro jerarca nazi hablaba con fluidez el yiddish y chapurreaba un poco de hebreo. Había leído con atención los escritos de Theodor Herzl, el padre humanista del sionismo, pero en sus discusiones sobre el tema se inclinaba a favor del Jeiruti, el ala terrorista antárabe, antecedente de la actual ultraderecha israelí.

Su cuarta estadía, como se verá, no terminó bien para él: los israelíes, que ya estaban oficialmente allí, lo juzgaron, ahorcaron y arrojaron sus cenizas al mar.

A los 21 años, en 1927, Adolf ingresó a una organización legal de militantes pan-germanistas (por la unidad de los pueblos de origen alemán), la DOF (Asociación de Combatientes Germano-austríacos). Hacía dos años que trabajaba, se hacía pasar por ingeniero y, aunque no había terminado la carrera, tenía una vasta experiencia en electromecánica y motores. Los presagios de la Gran Depresión ya estaban destruyendo el mundo de entonces. Adolf y su familia bajaban bruscamente de categoría social y el muchacho abandonó el negocio familiar para transformarse en corredor al minorero de derivados petroleros. La DOF lo condujo con naturalidad al Partido Nacional-Socia-

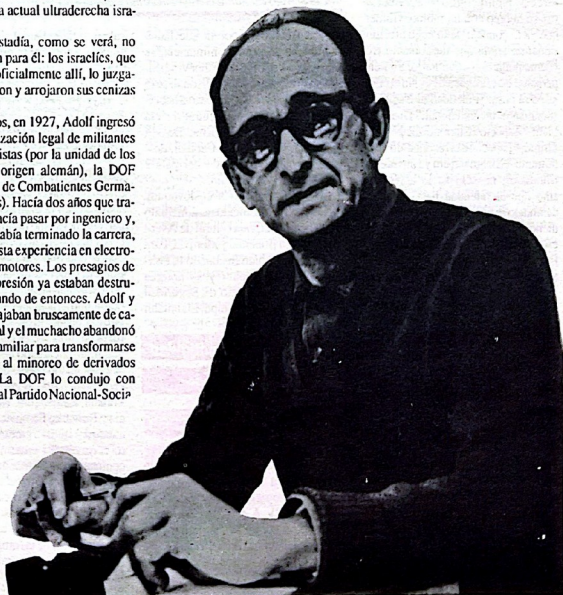
lista Austríaco, clandestino todavía no obstante su popularidad. La propuesta del Nazismo austríaco era la Anschluss, fusión pacífica con Alemania en una Gran Nación Germánica. Dicha unión les estaba expresamente prohibida a ambas naciones por el tratado de Versalles, firmado al fin de la Primera Guerra Mundial. Casi inmediatamente la militancia le costó el trabajo: la Vacuum Oil Company lo despidió a raíz de ella.

UN TIPO METODICO

Para 1932, Adolf ya había ingresado en las SS (Schultz-Staffeln), con el carnet número 45.326. En sus últimos días de

trabajo como corredor había sufrido un accidente en moto relativamente grave. De él le quedaron grandes cicatrices en el pecho, que mostraba a los camaradas como herido de guerra. Nunca perderá la costumbre de guerra, incluso durante su juicio en Jerusalén, entre los años 1960 y 1961, fue capaz de reconocer los crímenes masivos más horribles, pero no que las marcas no eran productos del combate.

Luego de participar en el asesinato del primer ministro austríaco, el católico-jesuita Dollfuss, Eichmann fue desterrado. Se dirigió a Alemania, donde se lo destinó, como simple empleado, a reorganizar los archivos de la sección "Masonería" del SD. Aquello era un desastre. Se suponía que la sección incluía todo lo relativo al "Problema Judío", pero allí no había un apartado, ni siquiera un escritorio dedicado específica y sistemáticamente al tema; la



propaganda y la acción antisemita aún no habían sido tomadas como materia oficial, a pesar de que ya se habían lanzado las primeras leyes racistas. Quien se ocupaba de fustigar a las "viboras sionistas" era el Partido.

En estos años apareció un segundo rasgo esencial en la personalidad del joven: a los 29 años es un burócrata eficiente, metódico. Sedentario pero con la creatividad suficiente para proponer soluciones a la superioridad, respetuoso de las jerarquías pero ansioso de perfeccionarse. En cualquier otro sitio hubiera sido un ejemplo del modelo "de cadete a gerente".

La cuestión judía se convierte en el eje de la vida de Eichmann. Está decidido a que todos, incluso el Führer, se obliguen a reconocerlo como el máximo especialista en la materia. En medio de su juicio, 25 años después, dijo al azorado tribunal: "Busqué en forma incansable soluciones al problema de los judíos, ésta fue la mayor preocupación de mi vida". De algún modo era cierto, pero ninguno de los centenares de israelíes presentes le creyó.

EL DIRECTOR DEL MUSEO

Entre el '34 y el '37 desarrolló una típica carrera de burócrata, dentro y fuera de la oficina: ascendió grado a grado hasta llegar a Subteniente; se casó, tuvo hijos. Estudió minuciosamente los resortes y las formas de organización del sionismo en Alemania y en muchos otros países, se hizo cargo de todos los trámites de emigración de personas de la colectividad. De esta forma, tuvo un trato directo y personal con todos los "notables" del judaísmo que aún quedaban en el país. En el '37 pidió permiso para perfeccionar su hebreo con un rabino. Himmler, que ya lo conocía, se lo negó afectuosamente; temía que un contacto frecuente pudiera contaminarlo. Su ficha personal de esa época dice, sin embargo, otra cosa: "Fidelidad al Nacional-socialismo: Incondicional." Dice también: "Aspecto físico: nórdico" y por último, "Especialista reconocido en su dominio". Eichmann era ya un médico triunfador; no sólo se lo apreciaba, sino que la fidelidad hasta le había cambiado la apariencia ¡Qué hubieran dicho ahora aquellos engreídos de la escuela! El mismo año solicitó viajar a Palestina. Esta vez la respuesta fue afirmativa, y además se le confió una misión oficial, relacionada con la guerra en ciernes. Su estadia fue corta—

ADOLF EICHMANN



El Führer lo reconocía como el máximo especialista.

tría (la Anschluss), por la que había luchado en su primera militancia, se había llevado a cabo. Al sabor vindictivo se agregó otro logro personal: se lo enviaba con un nuevo ascenso a hacerse cargo de la Oficina Central para la Emigración Judía en Viena. De allí Eichmann volvió como Capitán, después de haber expulsado del país a 45.000 hijos de Abraham.

Cuando Hitler ocupó Checoslovaquia, Eichmann fue designado de inmediato a organizar la oficina central de Asuntos Judíos en Bohemia y Moravia. Por entonces, se habían fusionado la Policía de Investigaciones y su antigua repartición, el Servicio de Seguridad del Estado. En poco tiempo, Eichmann

caban, y llamaban al sitio "El Museo Judío". Adolf era el director del Museo.

UNA COLONIA DE ESCLAVOS

Después de la victoria alemana en Francia, en 1940, Eichmann concibió la tesis del "Sionismo Forzoso". Consistía en la creación de un Estado Hebreo bajo protectorado alemán, que iba a situarse en la gran isla de Madagascar, entonces bajo dominio de los franceses del gobierno de Vichy. Una copia de la propuesta llegó a manos del Führer: Hitler se declaró impresionado. (El plan Madagascar fue aprobado por la burocracia alemana mucho más tarde, cuando la isla había quedado fuera del área nazi). Entretanto, Eichmann fue encargado de centralizar las "tarefas" en toda la Europa ocupada. En el otoño del '40 envió representantes a Francia, Eslovaquia, Rumania, Croacia y Bulgaria. En noviembre de 1941, alcanzó su última graduación (Teniente coronel). El exterminio ya había comenzado, y el mando tenía interés en disimular su importancia y la de su subsección IV A 4 b. Por esta razón, ya no habrá más ascensos ni demasiados honores públicos. Pero por fuera de la formalidad militar, Eichmann —que trataba de igual a igual con Muller, el jefe de la GESTA-PO— no respondía por sus actos más

que a Himmler y Heydrich, y avasallaba jurisdicciones de generales sin dar ni aceptar explicaciones. Su poder y discrecionalidad estaban refrendados por una orden del mismo Himmler.

SENTIMIENTOS PELIGROSOS

El 20 de enero de 1942 se decidió organizar lo que Hitler había definido como Solución Final: el exterminio sistemático. En esa misma reunión, se dispuso que la operación total de detención, secuestro de bienes, traslado, confinamiento, esclavización, masacre y aprovechamiento de los cuerpos y cenizas hasta la última caloría y el último mauro que fueran capaces de brindar, de millones de personas habitantes de 19 países, fuese realizada en secreto. En Eichmann prima el sentido de subordinación del burócrata trepador sobre la defensa de sus propias propuestas: Al escribir su Tesis Madagascar, había justificado la elección del sitio dada la imposibilidad de establecer Israel en Palestina (es decir, el sitio donde está hoy) ya que era poco probable que se desalojara a Inglaterra de allí en corto plazo. La Israel utópica de Eichmann ocupaba ambas márgenes del Jordán; territorialmente era más poderosa que la que las Naciones Unidas acordaron en 1948. Apenas Hitler habló de la liquidación en masa, el pequeño oficinista olvidó todas sus teorías geopolíticas. Si la cuestión era matar, también en esto se podía ser sistemático y eficiente. Con esta actitud, obtuvo un papel central en la tarea de reunir la mayor cantidad de judíos posibles con el fin de masacrarlos. Las corrientes de transportes cambian de dirección; si la inicial era centrifuga, ahora se dirigen a los grandes campos de concentración del norte. Y Eichmann también cambia de dirección. Según declaró Rudolph Hoess —comandante de Auschwitz (Polonia), el mayor campo de exterminio que jamás haya existido— bajo los efectos del alcohol, Eichmann sólo dudaba ante sus propios sentimientos; decía: "Debemos realizar el exterminio urgentemente, sin misericordia y con frialdad. Cualquier consideración que demostremos puede vergasarse de nosotros en forma muy acerba."



"Debemos realizar el exterminio sin misericordia y con frialdad

—dijo—. Cualquier consideración que demostremos puede

vergarase de nosotros de manera muy acerba."

los ingleses ocupaban Tierra Santa y mantenían todavía tensas relaciones con el Reich. Antes de regresar se trasladó al Cairo para mantener algunas entrevistas con representantes del Gran Mufti de Jerusalem (autoridad laica y religiosa de los musulmanes). De vuelta en casa, se encontró con una agradable sorpresa: la anexión de Aus-

regresó a Berlín. Su antigua oficina lo esperaba. Ya separada del ambiguo rubro "masonería" y convertida en subsección IV A 4 b. La clave debe entenderse como IV: departamento correspondiente a la GESTAPO. A: División de Asuntos Internos. 4: Asuntos religiosos y "b": Judaísmo. Pero los camaradas de las SS simplifi-

ADOLF EICHMANN



Tal vez el curso de la guerra empujó a los nazis a decidir el Holocausto.

daba también transportes humanos no previstos en el plan de mis trabajos. Hizo todo lo posible para llegar cuanto antes a la 'solución final' del problema judío. Ella constituía la finalidad de su vida".

MUSICA Y ANUNCIOS

La anestesia de los sentimientos no sólo era necesaria para los jefes; parece haber sido también un efecto del funcionamiento de los campos. En Madre Noche, una novela de Kurt Vonnegut que explora los mecanismos insidiosos de víctimas y victimarios, se lee;

"(...) Su nombre es Andor Gutman. Andor es un judío estoniano somnoliento y no muy inteligente. Pasó dos años en el campo de concentración de Auschwitz. Según su propio, desgastado relato, allí estuvo a un tris de convertirse en el humo de la chimenea de un crematorio.

—Me habían asignado al Sonderkommando cuando llegó la orden de Himmler de clausurar los hornos.

Sonderkommando significa 'destacamento especial'. Aquel era, por cierto, un destacamento muy especial: estaba compuesto por prisioneros cuyos deberes consistían en conducir a los condenados a las cámaras de gas y luego arrastrar sus cadáveres fuera. Una vez finalizada la tarea, también liquidaban a los miembros del Sonderkommando. El primer deber de un Sonderkommando era disponer de los despojos del anterior.

Gutman me contó que, de hecho, muchos se presentaban por voluntad propia al Sonderkommando.

—¿Por qué? —le pregunté. (...)

—No sé —me contestó, mirándose fijo a los ojos— aunque yo fui uno de los que se ofrecieron como voluntarios (...). Había alto parlantes por todo el campo y nunca permanecían en silencio durante mucho tiempo. Transmitían mucha música. Los que sabían música me decían que a menudo era muy buena, la mejor. Y la música se detenía siempre en la mitad y luego se oía un anuncio. Durante todo el día, música y anuncios.

—Muy moderno.

—Había un anuncio que siempre transmitían canturreándolo como una melodía infantil. Nos llegaba muchas veces por día. Era el llamado al Sonderkommando. 'Leichtentrag zu Wache' —canturreó con los ojos todavía entrecerrados.

Traducción: "Los transportadores de cadáveres al cuarto de guardia". En una institución cuyo propósito era eliminar a seres humanos por millones, se explica la frecuencia del llamado.

—Después de oír ese canturreo por los alto parlantes, siempre surgiendo entre la música, el puesto acabó sonando como un buen trabajo.

—Puedo comprenderlo —dije.

—¿Puede usted? Yo no. Yo siempre me avergonzaré."

¿QUERÍA PROGRESAR EN LA VIDA?

¿Hasta dónde se puede sacar dinero de



¿Hasta dónde se puede sacar dinero de un judío inerte?

un judío inerte? ¿Acumular las propiedades, las joyas, el efectivo? ¿La fuerza de trabajo? ¿Los lentes, la ropa, el pelo, los zapatos? ¿Las reacciones de laboratorio? ¿Las coronas dentarias? ¿La piel, los huesos, la harina de los huesos, la grasa? Los grandes industrializadores de cerdos del mercado de Chicago se ufanan de que en sus mataderos "lo único que no se recupera y envasa de un chanco es su chillido". El intento nazi fue parecido, pero no con chancos.

Tal vez estemos diciendo que el nacionalsocialismo alemán jamás odió genuinamente a la minoría judía de su país, y tal vez digamos una barbaridad. Hay millones de muertos en un plato de la balanza, y una frase de Hitler en el otro: "Si hay algo que este partido no necesita, eso es una música coherente". Tal vez fue el curso de la guerra, la resistencia de Inglaterra primero y la Unión Soviética después, la ausencia de fuentes de aprovisionamiento fuera de la Europa ocupada para Alemania y la necesidad de llevarse bien con por lo menos las mayorías nacionales de los pueblos conquistados. Tal vez el holocausto sobrevino como una catástrofe natural, como una desgraciada circunstancia histórica. Nunca un SS desarrolló esta idea en un juicio, pero

EL BOCÓN

Todos los cálculos le fallaron: no sólo sobran judíos, incluyendo a más de 300.000 que llegaron a las puertas de la cámara de gas, sino que los propios fueron indescritos hasta el punto de que el mismo Hoess, el ejecutor de Auschwitz, desilusionado en 1946 por las fugas vía suicidio de Hitler, Göring y Himmler y de la negativa de la mayoría de los jefes presos a reconocer lo que habían hecho, decidió hacerlo él. No sólo relató con pelos y señales su parte en la masacre sino que ayudó a encontrar cuerpos enterrados y escribió dos opúsculos de unas cuantas decenas de páginas —uno de ellos sobre el campo que había comandado y el otro sobre el mismo Eichmann. Después, completó sus propias memorias, en un libro de 114 páginas que fue best-seller, con varios centenares de miles de ejemplares vendidos, cuando su autor ya había sido colgado del cuello en su propia cancha, Auschwitz.

Hasta la confesión de Hoess, los SS no tenían el mal nombre que luego les hicieron: a pesar de las declaraciones de los ex-prisioneros, el Gran SAO de los americanos era la GESTAPO.

Hoess, el ejecutor de Auschwitz, desilusionado por las fugas vía suicidio de Hitler, Göring y Himmler, decidió hablar.

Eichmann dijo en 1960, durante el interrogatorio posterior a su captura: "Yo tomaba partido siempre por los judíos. Me esforzaba en hallar una solución satisfactoria a su problema. Hice lo que hacían los demás. (...) Yo quería progresar en la vida".

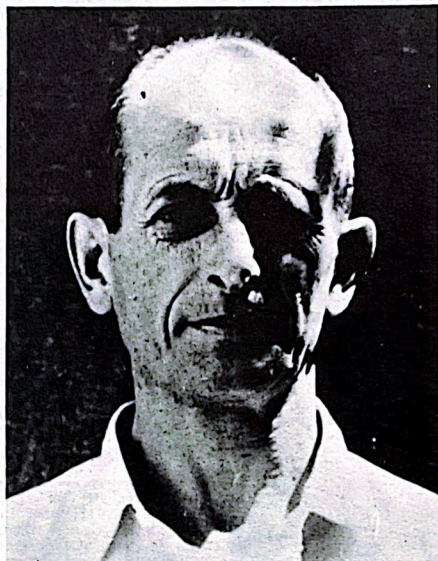
LOS NOMBRES DE EICHMANN

Se había entregado, con uniforme de cabo de la Luftwaffe, y había dado el nombre de Adolf Karl Barth. Karl Barth, con una sola letra de diferencia, era uno de los pensadores del sionismo a

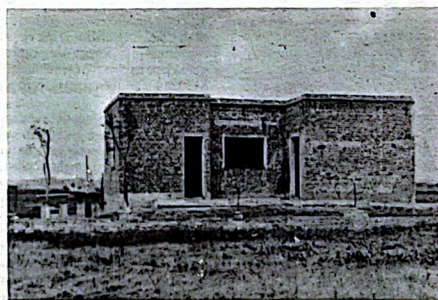
quien Eichmann decía admirar durante su etapa política. Cuando los americanos comenzaron a revisar prisioneros en busca de señales identificatorias de los cuerpos a los que pertenecen (ya sabían que los miembros de las Schult Staffen estaban tatuados a fuego, bajo la axila), Adolf imaginó que el haberse cambiado de Arma y uniforme daría pie a la sospecha y huyó. Inmediatamente se entregó en otro campo de concentración, esta vez presentándose como el Teniente de Caballería de la Waffen SS Otto Eckman. En ese momento, Hoess comenzó a borrar, inmediatamente seguido por el que había sido uno de sus propios edecanes, Dieter Wisliceny.

Hoess contó las cantidades de muertos. Con candidez alemana y burocrática precisión, dio por tierra con el exagerado cálculo de dos millones y medio de víctimas sólo en Auschwitz. Hoess hizo cuentas de memoria, calculó las llegadas de los trenes, los embottellamientos, las urgencias del mismo Eichmann, las existencias de gas enlatado, las roturas por sobreesfuerzo de los hornos y el total le dio apenas un poco más de un millón y medio. Habló también de las primeras, primitivas experiencias de cámara de gas con escapes de camiones y de la falta de efectividad del método: los asfixiados que no terminaban de morir y había que matarlos a tiros. Del descubrimiento casi casual del "Ciclón B", el gas producido por un desparatizador, y su absoluta eficacia. De sus primeras pruebas experimentales, no con judíos, sino con los comisarios y cuadros políticos prisioneros del Ejército Rojo; de la ansiedad de Eichmann por la construcción de más perfectas y masivas cámaras de gas, hasta alcanzar una "ducha" capaz de abarcar a 3.000 personas por vez, acompañada de una cámara de hornos que pudiera reducir la misma cantidad de cadáveres cada 24 horas. De la prepotencia de Eichmann, que de todas maneras manda mayores cantidades de las que se pueden procesar, forzando el aparato. Del crecimiento del campo al tamaño de una ciudad mediana, hasta devorar dentro del perímetro a las cuatro aldeas que lo rodeaban y convertirse en una verdadera fuente de trabajo para muchísima gente. De las luchas del responsable de IV A 4 b con la Organización de trabajo esclavo TODT y el ministro de Industria Maurer, quienes insistían en sustraer gente de la cámara para ponerla a producir manufacturas y armas, a medida que la situación interior y exterior de Alemania se deterioraba; de su propia indignación de buen administrador (la de Hoess) cuando lo obligaron a reservar vivos

ADOLF EICHMANN



Una de sus últimas fotografías.



Calle Garibaldi: aquí vivía cuando fue capturado.

mortandad organizada mermaba. El teniente Waffen SS Eckman no necesita enterarse de más: borró como pudo el número tatuado (siempre le quedará la cicatriz, tan batidora como el número mismo) y volvió a huir. Esta vez es el civil Otto Heniger, que nunca estuvo en la guerra, y al que una buena

sólo se conocen segmentos aislados. En su propia confesión en juicio, él señaló diversos periplos contradictorios, probablemente para proteger a antiguos camaradas todavía ocupados en organizar "cadenas de fuga" para otros como él. Es seguro que estuvo en Kumbach, trabajando en los bosques, hasta por lo menos 1950 y que por la misma fecha su esposa, Vera Liebi, consiguió un pasaporte con su verdadero nombre de soltera y partió con sus tres hijos alemanes hacia la Argentina. Hasta allí la siguió Adolf, pero en un viaje mucho más complicado. Se habla de un convento de frailes en España y de otro de monjes croatas; de una estadía en Medio Oriente (probablemente en Siria), de El Cairo, Italia y otra media docena de países.

En 1957, alguien escribió una carta a Fritz Bauer, ex juez de Stuttgart, judío, perseguido y sobreviviente, en ese momento fiscal de Hess en Alemania y cazador de Nazis empeñado. La información era que Eichmann estaba en la casa de la calle Chacabuco 4.261, de Olivos, en las afueras de Buenos Aires. Bauer se comunicó con Isser Harel, cuyo verdadero nombre era Halperin, jefe del Mossad (servicio de espionaje exterior de la república de Israel). Harel era un autodidacta, reservado y moralista, hasta el punto de que su propia mujer no conocía su función en el Gobierno. El caso Eichmann lo llevaría al pínáculo de la fama, y la declaración en el juicio sobre cómo fue la captura, lo arrojaba como espía. Luego escribirá un libro llamado La casa de la calle Garibaldi, que relata toda la operación, probablemente en forma veraz, excepto en los puntos que pueden poner en compromiso a su joven país, que son muchos.

Harel se entrevistó con Bauer y decidió enviar un agente a Buenos Aires. En su libro, Harel afirma carcer de todo contacto con el lejano país, de manera de tener que moverse con algunos agentes llevados desde otros sitios de Latinoamérica. Esto no resulta creíble. Por un lado, casi con seguridad el mismo Harel había firmado un año antes de la acción, en 1956, el primer convenio de ayuda recíproca entre servicios secretos con la SIDE y el SIN (Inteligencia Naval) de la Argentina. El firme nacional habría sido Francisco Manrique, por entonces secretario privado del presidente de facto Aramburu y, a la vez, alto funcionario del SIN. Por otra parte, sólo hay (hubo) dos servicios secretos en el mundo con una inagotable cantera de agentes en casi todos los países: la KGB, a través de los PC locales, y el Mossad, a través de las colectividades.

El hecho es que en 1958, Bauer decidió, ante la lentitud del Mossad, revelar su fuente de información. Se trataba de Lothar Hermann, alemán asimilado en la colectividad germana pero con sangre judía y parientes fallecidos en el holocausto. En un nuevo viaje a Buenos Aires, Herman relató a Bauer la manera simple en que localizó al criminal. Su hija había salido un par de veces con un muchacho que, en medio de la charla, se fue de boca: se enorgullecó de la tarea de su padre en cuanto a reducir el número de los hijos de Sión y lamentó que no hubiera podido cumplir su deber hasta el fin. El muchacho, de unos 20 o 21 años, se llamaba Nickle Eichmann.

Eichmann tenía un hijo llamado Nicholas—el mayor—de la misma edad. Hermann por su cuenta, había investigado el título de propiedad de la casa de Olivos; era un terreno comprado por un austríaco de nombre Frantz Schmidt. La compañía de electricidad había puesto dos medidores. Uno a nombre del propietario y otro a nombre de un tal Clement, Ricardo. "¡Tiene que ser Schmidt!" dicen que exclamó Hermann entusiasmado. Pero el austríaco no respondía a la edad, ni a la fecha de llegada, ni al tipo físico de Eichmann.

El campo de exterminio creció hasta devorar dentro del perímetro a las cuatro aldeas que lo rodeaban.

incluso a ancianos y a enfermos, y le ordenaban curarlos, sabiendo que en el campo ya no había medicinas ni alimentos; de las pataletas terribles de Adolf cuando los vaivenes de esta discusión favorecían a esos rivales y la

conciencia nacionalsocialista dio trabajo como leñador.

OLIVOS, ARGENTINA

De los pasos de Adolf por el mundo

Más de un año después, Harel en persona descubrió un nuevo dato. En algún lugar de Europa, Eichmann había conseguido un pasaporte de la Cruz Roja con nacionalidad italiana, a nombre de Ricardo Klement. Habían pasado dos años desde el primer contacto, y Hermann había tenido razón casi en todo, excepto cuando se pasó de comedia.

A fines del '59, Harel designó un primer equipo operativo. Según él mismo, todos ellos eran latinoamericanos, como si en algún lugar de Latinoamérica hubiese más judíos de lengua castellana que aquí mismo, y como si no fuera más raro oír alguien que anda haciendo preguntas con tonada del caribe y cabellos rubios que si las hiciera en yiddish. El equipo se componía de cuatro personas: un abogado de media edad, Lubinsky; un estudiante de ingeniería, Primo; un joven matrimonio compuesto por un arquitecto y una psicóloga, David y Hedda Kornfeld. Hedda era particularmente hermosa. Al mando llega un israelí, Josef Kennet. Hedda se instaló en un hotel céntrico (probablemente el City), sedujo a un camarero y le pidió que con mucha discreción, llevara un regalo a un "señor" casado, que vivía en Olivos y que, de no encontrarlo, hiciera lo posible para localizar su dirección.

Sin saberlo, Pedro, el camarero, fue el verdadero artífice de la operación. Creyendo siempre que hacía un servicio galante, Pedro viajó dos veces a Olivos y localizó el lugar en que trabajaba uno de los hijos "adoptivos" del Alemán (en la versión argentina, Eichmann sólo era padre de su cuarto hijo, el nacido aquí, mientras los otros tres eran de una viuda de guerra —Vera— con la que se había casado. De poco le sirvió la estratagemas, visto que el ganso de su hijo mayor andaba por ahí en uso de su propio apellido). El que se encontró con Pedro es el tercero, Dieter, y el camarero se enteró de su nombre. Finalmente, el primer equipo operativo localizó la nueva dirección —en San Fernando, en la intersección de la ruta 202 y la calle Garibaldi—. Pocos días después, con una cobertura armada con un camión de caja con lona, Lubinsky, Kennet y Primo consiguieron una foto del dueño de casa. Era él.

EL SEQUESTRO

El segundo grupo operativo estaba compuesto exclusivamente por profesionales israelíes (diez personas) y había entre ellos un médico, un especialista en cerraduras y cajas fuertes y cuatro de los más capaces hombres del Mossad. De a uno, con documentación falsa, y ninguno de ellos llegando desde Israel, los hombres de Harel hicieron pie en Buenos Aires, alquilaron y organizaron tres casas e hicieron un seguimiento minucioso del pajarito. Eichmann había fracasado como propietario de lavandería y había vuelto a la actividad de su primera juventud: corredor, esta vez de acciones. Durante nueve días, el pajarito se bajó del colectivo 203 de las 19.40 en la parada de la ruta y caminó a paso lento hasta la

esquina —50 metros— dobló y caminó otros 50, hasta la puerta de su casa. Ni una sola vez se retrasó, ni tomó una calle alternativa. Esto sucedía en mayo de 1960, un mes en el que la noche cae sobre Buenos Aires antes de las siete y media.

A las 19.35 del 11 de mayo —con algo de retraso y nerviosos— los dos automóviles alquilados días atrás llegaron y se estacionaron, uno de ellos en la ruta, de cara a la parada, y el otro sobre la calle Garibaldi, a diez metros de la esquina. El pajarito no apareció en el de las 19.40, ni en el siguiente, ni en el otro. A las ocho y cinco, cuando la operación estaba a punto de suspenderse, una figura solitaria descendió de un último colectivo. Lo tenían casi encima cuando lo reconocieron. El automóvil de la ruta encendió los faros largos, a fin de cegarlo y que no sospechara del otro, parado y con tres personas a bordo a pocos metros de su casa. Eli Duval, el número dos de los agentes israelíes en el mundo, se le arrojó encima. El hombre alcanzó a dar un grito de

rización a Buenos Aires para realizar un vuelo de prueba. Este vuelo —el de un avión tipo "Britannia" — debía partir el 11 de mayo (el mismo día de la captura) para regresar el 13 o 14 del mismo mes.

Algunos días después de la captura de Eichmann, la Prefectura Naval Argentina detectó un submarino extraño en aguas del Golfo San Jorge, al que no pudo dar captura. Por entonces, el primer ministro hebreo, Ben Gurión, ya había dado al mundo la nueva de la captura del criminal y de su presencia en una cárcel de Israel. Era un secreto a voces, en todo el mundo, que la caza se había producido en la Argentina. Pero Israel se negaba a dar información. El periodismo argentino la emprendió durante semanas contra el submarino, incluso después de que la verdad empezó a filtrar —siempre negada por Israel— durante meses.

El 11 de mayo a las 20.55, mientras el Britannia estaba aterrizando en Ezeiza, Adolf Eichmann y sus captores llegaron a "Tira", el departamento-

consultó en el tono de un anciano frente a un trámite bancario: con la seguridad de la buena voluntad de ambas partes. Por razones técnicas verdaderas, el Britannia se retrasó hasta el 20 de mayo. Ese día, Eichmann fue subido a bordo semidopado, pero moviéndose sobre sus pies.

EL ÚLTIMO

Durante el juicio, el argumento central de J. Servanius —su defensor— giró alrededor de la falta al Derecho Internacional que implicaba la sede, e insistió en exigir a Alemania Occidental que pida la extradición. El Oso Teutón se hizo el ídolo.

Argentina presentó una tímida protesta por la detención de un ciudadano naturalizado; luego se desdijo. Poco antes de la operación de la calle Garibaldi, Alemania había presentado un pedido de extradición respectivo al médico Joseph Mengele, quien vivía en Buenos Aires en uso de su verdadera identidad. El pedido rebotó en un tecnicismo falso —no estaba cursado en castellano— y Mengele, obviamente advertido, huyó entre un telegrama y uno. Ciertamente exagerado, la Argentina también tenía ganado un prestigio en el mundo como refugio de alemanes fugitivos.

Con Eichmann ya en Israel, Isser Harel perdió el prestigio ganado con su captura al fracasar en el intento de atrapar a Mengele en Bariloche. Durante esa operación se produjo un confuso tiroteo con la Policía en el que perdió la vida la agente Nora Aldut, del servicio. El incidente y su obligada presentación como testigo en la corte, que destruyó el secreto tanto tiempo cultivado a su alrededor, terminaron con la carrera de Harel.

Aliado de los Estados Unidos, Israel transformó su política exterior. Al año siguiente, el Escuadrón Antinazi del Mossad desapareció: en adelante, la política de espionaje israelí se dedicará con exclusividad a contraponerse a árabes y comunistas. En lo sucesivo, la caza de jefes del III Reich quedaría en manos de investigadores judíos independientes, como Tuvia Friedman y Simón Wiesenthal.

El último de los grandes genocidas capturados sólo alcanzó a ver Palestina desde tres prisiones diferentes. Tras su condena, en diciembre de 1960, fue trasladado a la de Ramle, en Jerusalén. Allí se construyó una horca con un piso-trampa que necesitaba de la acción simultánea de tres empleados para funcionar. El recurso tiene el sentido de evitar que un solo hombre se sienta culpable de homicidio. Entre 15 y 20 años atrás, Eichmann había inventado un mecanismo que necesitaba de la acción simultánea de miles de empleados, y donde las víctimas no tenían nombre ni rostro. Por eso, ningún fantasma individual persiguió su conciencia hasta el momento de su muerte que acaeció exactamente entre el 30 de mayo y el 1 de junio de 1961. Una hora después del salto en el vacío, el cuerpo fue descolgado. Lo esperaba un horno de cremación.



En Palestina, durante el juicio.

terror. Cuatro de los agentes —uno perteneciente a la otra tripulación— cayeron sobre el prisionero y sobre el asiento de atrás, en una confusión de brazos y piernas.

SHMÁ ISRAEL

Mientras se preparaba la operación en Buenos Aires, Harel se preocupaba de organizar el traslado. El transporte por mar podía demorar el operativo varias semanas, poniendo en riesgo a los agentes del servicio en campaña. La compañía aérea de bandera israelí. El Al, jamás había hecho vuelos al cono sur. Un pretexto "caído del cielo" lo dieron los festejos en preparación del sesquicentenario de la Revolución de Mayo. Israel decidió enviar a Argentina una delegación y El Al pidió auto-

cárcel. Cuatro de los agentes se introdujeron en la celda preparada. Kennet imperó:

—Deme su número de afiliación al partido Nacionalista.

—889.985 —respondió el ex responsable de IV A 4 b, casi por reflejo. Estaba perdido. Su actitud era tímida y dócil. Trataba de conciliar con el grupo secuestrador habiéndole en yiddish y en hebreo. Lo primero que dice en este último idioma es la frase que encabezaba el Génesis: "Shmá Israel..." El mismo grupo de "duros" del Mossad se desconcerta frente a lo que no se sabe si es extremo cinismo, paranoia o irresponsabilidad infantil.

Cuando se le presentó un escrito en el que aceptaba ser juzgado en Israel, Eichmann consultó con Eli Yuval, el jefe operativo, si debía firmar o no. Lo

COLECCION

DELITOS

CASTIGOS

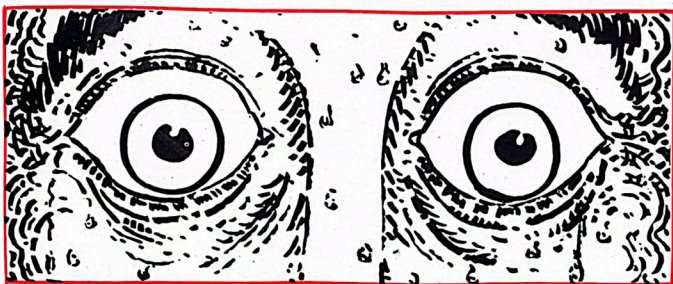
PROXIMO
NUMERO

**EL CASO
SCHOK
LENDER**



SEGUNDA SECCION

"BAMBINO" VEIRA AL DESNUDO



PERO AHORA EN SUS OJOS, EN SUS ENORMES OJOS NEGROS, HAY MIEDO



Y EN SU NARIZ, Y EN SU BOCA, Y EN SU LENGUA, Y EN SUS DIENTES



Y EN SUS OREJAS, Y EN SUS TETAS, Y EN SU OMBLIGO Y EN...



50 HISTORIETAS DE JOVENES CREADORES
RESEÑA HISTORIA DEL COMIC ARGENTINO

PEDIDOS AL 35-1652

E F T E

LOTERIA CHAQUEÑA

**LA PRIMERA
RASPADITA
CON DOS
CHANCES!**

**RASPAR
GANAR
Y VOLVER
A RASPAR**



Con Lotería Chaqueña toda la ganancia queda en el país